



Pilar Pascual de Sanjuán [comp.]

El trovador de la niñez

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Pilar Pascual de Sanjuán [comp.]

El trovador de la niñez

Colección de composiciones en verso para ejercitarse los niños en la lectura de la poesía

A MIS AMADOS SOBRINOS.

A vosotros, queridos de mi alma, que empezáis la carrera de la vida; a vosotros, inocentes y pequeñuelos todos, de los cuales unos há poco que conocéis y otros no habéis aprendido todavía ese arte difícil y misterioso que se llama lectura, os dedica mi amor esta colección de cantares sencillos y puros como vuestras almas. Repasad con atención las páginas de ese libro; al paso que os ejercitaréis en leer el lenguaje sublime de las Musas, hallaréis en estos dulces versos sentimientos religiosos y máximas de virtud que contribuirán a formar vuestro corazón. Cuando ya no exista, leedlo una vez más, y tributad un recuerdo y un suspiro a la que tanto cariño consagró a la niñez en general, y en particular a los inocentes hijos de sus caros hermanos.

Pilar Pascual de Sanjuán.

Barcelona, Diciembre de 1865.

Prólogo

A nadie le ocurrirá poner en duda lo imprescindible de la necesidad de que los niños, después que se hayan ejercitado en la lectura en prosa, aprendan igualmente a leer en verso. Esta necesidad se hace sentir en tales términos, que hay personas que dan mucho sentido a la primera y flaquean en la segunda, hasta el punto de estropear las más hermosas estancias poéticas por la languidez y falta de entonación con que las leen.

Muchos libros existen destinados al objeto que en éste nos proponemos, pero en algunos hemos echado de ver que no se ha atendido a la parte educativa, cuando la lectura es uno de los medios que el maestro posee para cultivar la inteligencia y el corazón de los discípulos; en otros, y son los más, se han escogido muy buenos versos, sencillos y puestos al alcance de nacientes inteligencias; pero no se ha cuidado de poner todos los diferentes metros de la

poesía castellana, a fin de que los niños se ejerciten en la lectura de ellos, pues sabido es que requieren diversa entonación.

Nosotros hemos eliminado de las colecciones de los mejores autores todo lo que no está al alcance de los educandos, a fin de dar a nuestro libro ese carácter infantil que encanta a los niños; hemos buscado, cual la abeja entre las flores, una gota de miel en cada volumen, y así es que no hemos reproducido una sola poesía que no tenga un pensamiento moral, una idea religiosa, o que no contenga alguna útil instrucción.

Encontrarán los niños desde el ligero verso de cuatro sílabas hasta el armonioso alejandrino; únicamente lo que no hemos copiado han sido trozos de drama o de tragedia, porque creemos que solamente pueden leerse esta clase de obras con la debida energía por personas que se hallen en edad de sentir las pasiones o afectos por ellas traducidos.

Nuestro Trovador constará de tres secciones: en la primera pondremos romances comunes, romances cortos y también toda clase de versos octosílabos; en la segunda, endecasílabos, desde el pareado hasta el soneto, y además las silvas, y en la tercera, todas las otras clases de metro, incluyendo algunas poesías polimétricas para que los niños se acostumbren al cambio de entonación.

Poco ha sido nuestro trabajo, nuestro mérito ninguno, pero creemos que el pensamiento será de alguna utilidad para el tierno plantel a quien dedicamos nuestros continuos desvelos. Todas las composiciones llevarán al pie el nombre de su autor, o, si casualmente lo ignorásemos, el del libro que nos las ha suministrado; solamente las que no tengan firma alguna serán de nuestra pluma.

Primera serie

I. España

Su situación y dominios

Al Occidente de Europa

se halla la fértil España,
por altos montes y mares
en contorno resguardada.

Al Norte los Pirineos 5

la dividen de la Francia;
sirviendo sus altas cumbres
de límite y de muralla.

Dos mares, al Mediodía,
sus costas en torno bañan: 10

Y un estrecho las divide
de las costas africanas.

Galicia yace al Ocaso,
al Portugal apegada,
y el Atlántico es el foso 15
que defiende aquellas playas.

En tanto que por Oriente
el Mediterráneo aguarda
a las naves que algún día
fueron a Grecia y a Italia. 20

No lejos las Baleares
recuerdan su antigua fama,
por los célebres honderos,
terribles en las batallas.

Mientras al extremo opuesto 25
descúbrese las Canarias,
como descanso y refugio
en navegaciones largas.

Por aquella nueva senda
fueron los hijos de España 30
a conquistar otro mundo
con una cruz y una espada.

Pasaron aquellas glorias,
con tanta sangre compradas,
y sólo quedan vestigios 35
de dominación tan vasta.

Puerto-Rico que a Colón
llenó el pecho de esperanza,
y Cuba, fértil en frutos,
que a todos sacan ventaja. 40

También en África hay restos
de las glorias castellanas;

y Ceuta, que del Estrecho
parece guardar la entrada,

en los climas más lejanos, 45
allá en los mares del Asia,
aun rige el cetro español
Filipinas y Marianas.

De modo que donde quiera
se ven las señales claras 50
de que el sol a todas horas
tierra española alumbraba.

RÍOS PRINCIPALES.

Muchos y abundantes ríos
cruzan el hispano suelo,
llevándoles jugo y vida, 55
como las venas del cuerpo.

Los más ricos y afamados
son el caudaloso EBRO,
que a la inmortal Zaragoza
riega sus campos amenos. 60

Los de Castilla fecunda
con sus raudales el DUERO;
a Portugal atraviesa
y al mar camina derecho.

Cual ancho foso otros ríos 65
dividen entrambos reinos:
El MIÑO, que allá en Galicia
su curso ostenta soberbio;

Y el GUADIANA, que en la Mancha
se esconde por largo trecho, 70
y a la ardiente Extremadura
frescura y pastos da luego.

El TAJO los muros baña
de la célebre Toledo,
y en sus cristalinas ondas 75
refleja el alcázar regio:

Mientras el GUADALQUIVIR,
padre de claros ingenios,
en Córdoba y en Sevilla

proclama ufano su imperio. 80

CORDILLERAS Y MONTES.

Desigual y montuoso
es el terreno de España,
y sus mayores llanuras
las de Castilla y la Mancha.

Crúzanla en distintos rumbos 85
cordilleras y montañas,
que la abastecen de bosques,
de mármoles y de aguas.

Los fragosos PIRINEOS
la defiendan y resguardan 90
desde el mar de Cataluña
hasta el golfo de Vizcaya.

En Aragón el MONCAYO
sobre todos se levanta,
y linde de ambas Castillas 95
empínase GUADARRAMA.

SIERRA MORENA famosa
a la Bética da entrada,
alegando el corazón
con su verdura lozana. 100

Encierran ricos metales
los montes de la ALPUJARRA:
Darro, Genil y otros ríos
nacen de SIERRA NEVADA.

Allí cesó el duro imperio 105
de las lunas africanas,
tremolándose la cruz
en las torres de la Alhambra.

Tras ocho siglos de guerra,
desde la primera hazaña, 110
cuando en los MONTES DE ASTURIAS
sacó Pelayo la espada.

FERACIDAD DE SU SUELO.

Con franca y liberal mano
ha tratado a España el cielo;
juntando en ella los dones 115

que repartió en otros reinos.

Clima templado y suave,
ni muy rígido el invierno,
ni tan ardiente el verano
que quite fuerzas y aliento. 120

Puro el aire, el sol ardiente,
el cielo claro y sereno,
las corrientes cristalinas,
fecundo y hermoso el suelo

Los frutos más estimados 125
los da a la par su terreno,
sin tener que ir en su busca
de la tierra a los extremos.

Mieses, plantas, hierbas, flores
cubren sus campos extensos; 130
y mil preciosos metales
la tierra esconde en su seno.

Los montes le dan abrigo,
los ríos frescura y riego;
y a competencia dos mares 135
llenan de naves sus puertos.

Crece el cáñamo en sus campos,
nace al par el lino tierno;
da rica seda el gusano,
blando vellón el cordero. 140

El algodón en los prados
cual copos de nieve vemos;
mientras la caña se mece,
su dulce jugo ofreciendo;

y pues de bienes y dones 145
a España ha colmado el cielo,
a tanta bondad de Dios
ingratos no nos mostremos.

II. El zagal y el nido

¿Dónde vas, zagal cruel,
»dónde vas con este nido
»riendo tú, mientras pían
»estos tristes pajarillos?
»Su madre los dejó solos 5
»en este momento mismo,
»para buscarles sustento,
»y dárselo con su pico...
»Mírala cuán azorada
»echa menos a sus hijos, 10
»salta de un árbol a otro,
»va, torna, vuela sin tino;
»al cielo favor demanda
»con acento dolorido;
»mientras ellos en tu mano, 15
»baten el ala al oírlo...
»Tú también tuviste madre,
»y la perdiste aún muy niño,
»y te encontraste en la tierra
»sin amparo y sin abrigo...» 20
Las lágrimas se le saltan
al cuitado pastorcillo;
y vergonzoso y confuso
deja en el árbol el nido.

ID.

III. El topo y el gusano de luz

Fábula

Por una estrecha hendidura
sacó la cabeza un topo.
Con poca carne en los huesos
y mucha piel en los ojos:
No sabe si es noche o día; 5
pero siente en el contorno
a un gusanillo de luz,
y le dice de este modo:
-«Ufano puedes estar,
»tamaño como un gorgojo, 10
»llevando en parte velada
»la linterna por adorno:
»Ya la muestras, ya la ocultas
»tan altivo y orgulloso

»como fanal que en la torre 15
»enseña el puerto al piloto.
-«No tal, (contestó el gusano),
»que mi pequeñez conozco;
»pero a ninguno hago daño,
»y algún bien procuro a otros; 20
»doy luz oculto en la hierba,
»sobre las plantas me poso,
»y los insectos acuden
»a guarecerse en su tronco;
»ni destruyo las raíces, 25
»ni las semillas me como,
»ni por temor a los hombres
»bajo la tierra me escondo».
Esto dijo el gusanillo:
Y lo dijo con tal tono, 30
que el dañino animalejo
quedó aún más ciego de enojo:
Fue a replicar, y no pudo,
sintió encendérsele el rostro:
Y murmurando entre dientes, 35
metiose dentro de un hoyo.
Así en el mundo sucede,
que los más torpes y tontos
al que brilla poco o mucho
le zahieren envidiosos. 40

ID.

IV. Júpiter y la oveja

Fábula

Tantos y tales trabajos
hicieron pasar las fieras
al más inocente bruto,
a la pacífica oveja,
que a Júpiter hubo al cabo 5
de pedir que discurriera
cómo buscaba camino
para aliviar sus miserias.
Júpiter le dijo:-Veo,
y hartado de verlo me pesa, 10
mansa criatura mía,
que te he dejado indefensa.

Para suplir esta falta
elige el medio que quieras:
Las armas que más te agraden 15
te dará mi omnipotencia.
¿Quieres que dientes agudos
en tus mandíbulas crezcan,
o que tus pies se revistan
de fuertes garras que hieran? 20

-No quisiera yo, Señor
(respondió la pretendiente),
cosa que me asemejara
a la raza carnícora.

-¿Será mejor que introduzca 25
mortal veneno en tu lengua?

-No, que me aborrecerán
lo mismo que las culebras.

¿Quieres que te arme de cuernos
y a tu frente dé más fuerza? 30

No, que entonces como el chivo,
no me hartaré de pendeñicas.

Pues, hija, yo sólo puedo
salvarte de una manera:
Para que no te hagan daño 35
preciso es que hacerlo puedas.
¿Preciso? (la oveja exclama,
dando un suspiro de pena)
Prefiero entonces a todo
mi flaca naturaleza. 40
La facultad de dañar
gana de dañar despierta,
y por no hacer sinrazones,
vale más el padecerlas.
Júpiter interviniendo 45
bendijo a la mansa bestia,
y ella no volvió jamás
a pronunciar una queja.

HARTZENBUSCH.

Fábula

-¿Qué causa, infeliz, he dado
para que me desterréis?
Triste un zángano decía
a una abeja, que al dintel
se hallaba de la colmena. 5
¿Quieres indicarme a quién
he causado el menor daño?
-A nadie, seguro es,
respondió al punto la abeja.
Pero ¿cuándo hiciste bien?, 10
¿basta ser inofensivo
para que comas la miel
que cogemos de las flores?,
¿te gusta holgar? Marcha, pues,
a donde por no hacer nada 15
casa y comida te den;
que aquí tan sólo el trabajo
con fruto consigue prez.-
Sabia y concisa la abeja,
hizo al zángano entender 20
que no basta no hacer mal,
es necesario hacer bien.

BAEZA.

VI. La luna y los vapores

En una noche de estío
de la luna la luz clara
iluminaba la tierra,
mientras tanto suaves auras
mecen el rubio cabello, 5
flotante en la hermosa espalda
de vírgenes que de mirto
y de rosas coronadas,
aromas de pebeteros
llevan de su diosa al ara. 10
Envidiosos los vapores
que de una grande cloaca
nacieran, y pretendían
aspirar a gloria tanta;
viendo que subir no pueden 15

a la altura en que se halla,
ni lucir, exasperados,
llenos de furor y rabia,
entre la luna se ponen
y la tierra iluminada: 20
De los benéficos rayos
la priva su impía saña,
a fin de que ya por ellos
no mas le tribute gracias
el hombre reconocido. 25
La candidez de su alma
mostrando, dice la luna:
-¿Podré conocer la causa
por qué tan mal me queréis
que me priváis que un bien haga?- 30
Contestaron los vapores:
-Brillas en región más alta.
¡A qué extremo de la envidia
conduce la negra saña!

ID.

VII. La luciérnaga

La luciérnaga una noche,
de su misma luz prendada,
estas palabras decía
desde el seno de una dalia:
-«El cielo vistió mi cuerpo 5
»de zafiro y de esmeraldas,
»y en esplendor y en grandeza
»nadie en el mundo me iguala.
»Estos insectos volubles
»que disfrazados con alas 10
»y ufanos por lo ligeros
»quieren afrentar las auras;
»esas flacas mariposas,
»que una débil lumbré mata:
»Esa económica hormiga, 15
»que todo el día trabaja;
»esa abeja diligente,
»que tenaz en su constancia
»con el néctar de las flores
»fabrica miel regalada; 20
»y en fin, ese gusanillo,
»que tan rica seda labra

»y se cambia en palomilla
»dentro de su mismo alcázar:
»Todo ese enjambre de bichos 25
»que vuelan o que se arrastran,
»¿Qué son, qué pueden, qué valen
»si conmigo se comparan?
»¿Hay otro ser en la tierra
»que cual yo despida llamas? 30
»¿No hay algo en mí de celeste,
»algo divino en mi raza?
»Esas fúlgidas estrellas,
»que el azul del cielo esmaltan,
»son esferas luminosas 35
»como yo, son mis hermanas.
»Dios me ha lanzado a la tierra
»para que en ella brillara
»cuando durante la noche
»la clara luz del sol falta. 40
»Yo soy aquí el astro puro
»que las densas sombras rasga,
»yo soy la estrella de Venus,
»Soy el lucero del alba».

Callose, y un pajarillo 45
que oyó tan fiera arrogancia,
saltó de un árbol vecino,
y posándose en la dalia
se comió con su piquito
aquel lucero del alba. 50

Que no os ofusque el orgullo
ni os ciegue una pompa vana,
porque el peor de los males
es una necia arrogancia.

F. J. SALA.

VIII. El niño y la golondrina

En una casa de campo
vive el pequeño Pepito,
como las flores hermoso,
como las aves sencillo.
Ve sucederse los días 5
entre sus juegos festivos,
y en brazos de su Custodio
pasa las noches tranquilo.

Sus buenos padres sonríen
velando el sueño del niño, 10
y él sueña pájaros, flores,
el cielo, el bosque y el río.
Feliz le encuentra la aurora
y el lucero vespertino,
un Padre-nuestro murmura 15
al mostrarse el sol benigno,
y frases de otra plegaria
en sus labios purpurinos
espiran, cuando Morfeo
cierra sus párpados lindos. 20

Mas una tarde de otoño
Pepito está pensativo,
y por sus blancas mejillas
las lágrimas han corrido.
Tan desusada tristeza 25
tiene sin duda motivo:
La observa el padre, y le quiere
cuidadoso e intranquilo.

Habrá seis meses apenas,
cuando calmaron los fríos, 30
cuando moradas violetas,
del césped blando al abrigo,
embalsamaban el aire
con su perfume exquisito,
cuando manzanos y almendros, 35
cual ramilletes floridos,
se mostraban, preparando
las riquezas del estío,
pasaba una golondrina
por la casa de Pepito, 40
detuvo su raudo vuelo
sobre el pacífico asilo,
y por fin en el tejado
construyó su blando nido.
Él la vio todos los días, 45
y en su trabajo prolijo
la siguió cuando llegaba
con una paja en el pico;
la vio con su compañero,
y observó su regocijo 50
cuando sus tiernos hijuelos
lanzaban dulces quejidos;
vio que si el uno salía,
quedando el otro en el nido,
iba sin duda a buscar 55

el sustento de sus hijos
que sus alitas batían
con gratitud y cariño;
les vio después, ya mayores,
en la orillita del nido 60
y por fin abandonándole
lanzarse al aire atrevidos.
Ayer los padres también
dejaron el dulce asilo;
siguioles él con la vista 65
mientras pudo distinguirlos,
y observó varias bandadas
de los mismos pajarillos,
cruzando el éter azul
dirigirse al mar tranquilo. 70

Esta es la historia sencilla
que el rapaz cuenta afligido.
Y llora cual si tratase
de la ausencia de un amigo:
Su tierno padre sonrío, 75
besándole con cariño,
enjuga el copioso llanto
y dícele conmovido:
-No llores, hijo del alma,
antes alegre y tranquilo 80
espera el cierto regreso
de tu amado pajarito:
Esa ausencia durará
lo que el invierno aterido,
lo que la alfombra de nieve 85
que cubre el campo marchito;
y cuando el aura de Abril
difunda un soplo benigno,
cuando el sol primaveral
convierta el manto de armiño 90
en una alfombra de flores
salpicada de rocío,
volverán las golondrinas
a visitar estos sitios,
y aquí tu amiga también 95
labrará su dulce nido.
¿A dónde marcha, y por qué?
Pregunta admirado el niño.
¿Quién se acordará en Abril
de ese pobre pajarillo 100
en la inmensidad del mar
o en los desiertos perdido,

para servirle de guía
y conducirlo a un asilo?
-Ese Dios, responde el padre, 105
al que adoramos sumisos,
el que llenó de ternura
el corazón de los niños,
con su sabia providencia
dio a las aves el instinto: 110
Las golondrinas emigran
para librarse del frío,
y atravesando los mares
llegan al suelo nativo.
Mas si la playa africana 115
hoy les ofrece un abrigo,
su calor las atormenta
en el rigor del estío.
Por eso vuelven más tarde
a nuestro suelo florido, 120
a disfrutar la frescura
de nuestros bosques umbríos,
a morar en nuestras chozas
y a bañarse en nuestros ríos.
Y ¿sabéis quién las conduce 125
a lugares tan distintos?
La providencia de Dios
que rige nuestro destino,
la que cuidará de ti
si yo faltare, hijo mío. 130
Son las sendas de la vida
intrincado laberinto,
mas una luz celestial
alumbra nuestro camino;
desde su trono de gloria 135
nos mira Dios compasivo;
y su amor no desampara
a las aves ni a los niños.

IX. A la Natividad del Señor

¡Señor del universo!
Gran Dios, que en tu presencia
el universo mundo
ni un átomo es siquiera.
Hasta aquí conocía 5
tu excelsa omnipotencia,

porque sólo en quererlo
vio el orbe su existencia:
También de tu gobierno
formé una imagen bella 10
mirando cual le rige
tu sabia Providencia.
Tu justicia valiente,
esta justicia recta
que acabó en un diluvio 15
con la manchada tierra,
y vibrando los rayos
con su invencible diestra
a cenizas reduce
ciudades deshonestas, 20
me dio de sus furores
terribles una idea:
Pero aun no conocía
bastante tu clemencia
hasta que vi... ¿te embargas 25
para decirlo, oh lengua?
Hasta que vi a tu Verbo
morar sobre la tierra.
¿Sobre la tierra dije?
¡Quién elocuente fuera 30
para hablar de un pesebre,
de un establo de bestias,
de pajas, de pañales,
de lágrimas, de penas!
¿En qué, ¡oh gran Dios!, ocultas, 35
¡ay!, toda tu grandeza?
¡Ahora sí que conoce
mi alma tu clemencia!
¡Y en su piélagos inmenso
ora sí que se anega! 40
Pues, Dios niño, si eres
clemente por esencia
y das desde el pesebre
la más patente muestra,
para que en vida y muerte 45
feliz tu Pascua sea,
de tus benignos brillos
derrama la influencia;
derrámala, y que arda
en su luciente hoguera 50
el corazón que todo
para Ti se reserva.

Lecciones Escogidas.

X. Mi vida en la aldea

Cuando a mi pobre aldea
feliz escapar puedo,
las penas y el bullicio
de la ciudad huyendo;
alegre me parece 5
que soy un hombre nuevo;
y entonces sólo vivo
y entonces sólo pienso.

Las horas que insufribles
allí me vuelve el tedio, 10
aquí sobre mí vagan
con perezoso vuelo.

Las noches que allá ocupan
la ociosidad y el juego,
acá los dulces libros 15
y el descuidado sueño.

Despierto con el alba,
trocando el muelle lecho
por su vital ambiente,
que me dilata el seno. 20

Me agrada de arreboles
tocado ver el cielo,
cuando a ostentar empieza
su clara lumbre Febo.

Me agradan cuando brillan 25
sobre el zenit sus fuegos,
perderme entre las sombras
del bosque más espeso.

Si lánguido se esconde,
sus últimos reflejos 30
ir del monte en la cima
solícito siguiendo.

O si la noche tiende
su manto de luceros,
medir sus direcciones 35
con ojos más atentos:

Volviéndome a mis libros,
do atónito contemplo
la ley que portentosa
gobierna el Universo. 40

Desde ellos y la cumbre
de tantos pensamientos

desciendo de mis gentes
al rústico comercio;
y con ellos tomando 45
en sus chanzas y empeños
la parte que me dejan,
gozoso devaneo.

El uno de las mieses,
el otro del viñedo 50
me informan, y me cuentan
las fábulas del pueblo.

Pondero sus consejas,
recojo sus proverbios,
sus dudas y disputas 55
cual árbitro sentencio.

Mis votos se celebran;
todos hablan a un tiempo;
la igualdad inocente
ríe en todos sus pechos. 60

Llega luego el criado
con el cántaro lleno,
y la alegre muchacha
con castañas y queso.

Y todo lo coronan 65
en fraternal contento
las tazas que se cruzan
del vino más añejo.

Así mis faustos días,
de paz y dicha llenos, 70
al justo que los mide
semejant un momento.

MELÉNDEZ.

XI. Santa Teresa

Una mujer sublime
tuvo España, que gloria
le dio en el Universo
con pluma encantadora.
Entre mil y mil sabios, 5
que fueron su corona,
una mujer España
tuvo más que ellos docta.
Entre sus hijos santos,
que en los altares honra, 10
tuvo Iberia una santa,

madre de muchas otras.
Entre las celebradas
ilustres españolas,
admira el mundo a una 15
más ilustre que todas.
Y entre las heroínas
insignes en la historia,
Iberia logró una
que las ofusca sola. 20
Según estas señales,
¿quién es la vencedora?
¿No me diréis quién era?
¿No lo adivinas, Rosa?
Pues era un alma pura, 25
de Jesucristo esposa;
un serafín humano...
Teresa la Doctora.

EL MARQUÉS DE CASAJARA.

XII. El arroyo

Vagaba por los montes
un arroyuelo humilde
jamás acostumbrado
a salir de su linde.
Viniéronle deseos 5
de ver el mar horrible,
movido de las cosas
que de él la fama dice;
y con ocultos pasos
entre espadaña y mimbres, 10
hizo que por el valle
sus aguas se deslicen.
Ya que llegó a la orilla
que las ondas embisten,
los peligros le asustan, 15
los golfos y las sirtes:
Y cuando ver creía
palacios de viriles,
y en trono de corales
Neptuno y Anfitrite, 20
halló las bramadoras
tempestades terribles,
cadáveres y tablas
de naves infelices.

Atrás volver el paso 25
quiso; pero lo impiden
erizados peñascos,
montes inaccesibles:
Sin amparo en la tierra,
el de los cielos pide; 30
¿Hubo marinos dioses
que él no invocase humilde?
Pero a su ruego sordos
la súplica no admiten;
que haber suele ocasiones 35
en que el llanto no sirve.
Así sucede al hombre
que su quietud despide,
y a los vicios se entrega
que halagüeños le brindan, 40
que al verse aprisionado
entre pasiones viles,
salir intenta cuando
salir es ya imposible.

MORATÍN.

XIII. Plegaria al Señor

Escucha, oh Dios del cielo
en donde eterno moras,
de mis ardientes labios
la voz deprecatoria.
Tú la delicia eres 5
en que mi amor se goza,
y en ti, Señor, he puesto
mis esperanzas todas.
Los amigos me faltan,
los hombres me abandonan: 10
Tú solo, Padre mío,
la espalda no me tornas.
Por eso, sumergido
del mar entre las olas,
cual tabla de refugio, 15
te así junto a las rocas:
Tabla, mi Dios, que nunca
he de soltar dichosa;
que en ella no me espantan
tormenta ni zozobras. 20
Mas ¡ay!, que el pecho a veces

cobarde se acongoja
al silbo de los vientos
que el ímpetu redoblan.
No permitas, Dios mío, 25
que en lid tan espantosa
los fieros vendavales
declaren mi derrota.
Dame valor y brío
si el corazón se apoca; 30
que yo, mi Dios, soy uno,
y tres los que me acosan.
Dame romper del mundo
las redes, que traidoras,
mi planta entretejiendo, 35
a ti su paso estorban.
Dame vencer los lazos
que tentador me forja
el león que rugiente
me acecha a todas horas; 40
dame afligir mi carne
con mano poderosa,
como tu mano santa
al mar sujeta y doma;
dame humildad, Dios mío; 45
en mi soberbia loca,
paciencia en mis trabajos,
aliento en mis congojas.
Dale a mi mente un rayo
de luz, que bienhechora 50
la lobreguez disipe
de mis funestas sombras.
Sea tu fe divina
mi celestial antorcha,
mi aliento tu esperanza, 55
tu caridad mi norma.
Norma que fiel presida
a mis acciones todas;
que son las obras muertas
si en caridad no brotan. 60
Dame, Señor, por ella
que fiel te corresponda,
pagándote en ternura
lo que en amor me otorgas.
Hazme mirar al hombre 65
como mi sangre propia;
que sangre, oh Dios, es mía
el que mi hermano nombras.

Hazme querer, Dios santo,
al mismo que me odia, 70
volviéndome en virtudes
el mal que me ocasiona.
Hazme mirar los lazos
que a mi país me asocian,
como mirarlos debe 75
quien tiene patria y honra;
hazme en fin, Dios eterno,
en mis menores obras
modelo, si es posible,
de las virtudes todas, 80
y así del alma echando
los vicios que la ahogan,
y dando así principio
por las que más agobian,
consiga yo, Dios mío, 85
del justo la corona;
feliz aquí en la tierra,
feliz allá en la gloria.

PRÍNCIPE.

XIV. El padre de familia y sus dos hijos

Fábula

Por el ameno campo
paseaba cierto día
de fiesta con dos hijos
un padre de familia.
Ambos eran dotados 5
de comprensión muy viva,
mas sus inclinaciones
en nada parecidas.
El uno era estudioso
y dócil; prefería 10
el otro hermano el juego
a Vives y a Nebrija.
Común entre estudiantes
suele ser tal desidia,
pero en grado el más alto 15
el nuestro la tenía.
Bien sus distintos genios
el padre conocía,
y para el perezoso

buscaba medicina. 20
Como esto le ocupaba,
en la hermosa campiña
vio volar dos insectos
de prendas muy distintas:
La infatigable abeja 25
y la mariposilla
liviana; el padre atento
a su prole querida,
el caso aprovechando
esta lección les dicta, 30
señalando a los bichos
que por el aire discurrían:
¿Veis estos dos insectos
que entre las flores giran?
Pues son de vuestros genios 35
imágenes cumplidas:
Tú que con tal cuidado
al estudio te aplicas,
en la prudente abeja
tu fiel retrato mira, 40
como a ella su trabajo
da mieles exquisitas,
así honor, ciencia y bienes
te darán tus fatigas;
mas, hijo, tú que ocioso 45
(vuelto al otro seguía)
el estudio abandonas
y a jugar te dedicas,
en esta mariposa
ligera y aturdida 50
hallas bien retratada
tu inquietud y desidia.
De flor en flor volando
corre la pradería
sin que del vano juego 55
fruto alguno consiga:
Y después de mil vueltas
inútiles y listas,
al fin sin hacer nada
viene a acabar su vida. 60
¿Y esperas otra suerte
si como ella deliras?
Lo mismo digo a todos
los niños que la imitan.

DE El Amigo de los Niños.

XV. La abubilla y el armiño

Fábula

Al armiño decía
la abubilla indiscreta,
viéndole decidido
y abandonar su cueva
por no pisar el lodo 5
que cercaba la puerta:
-¿Sólo por no mancharte,
necio, tu casa dejas,
perdiendo así el trabajo
que empleaste en hacerla? 10
Tu singular manía
cambia por mi sistema.
Para formar el nido
acopio las materias
con que puedo más pronto 15
procurar mi vivienda.
No me precio de pulcra,
pues sé por experiencia,
que ni el lodo ni el fango
le quitan la belleza 20
a mi hermoso plumaje.
Por él todos me aprecian,
sin tener el cuidado
continuo que te aqueja.
Respondióle el armiño: 25
-Echas muy mal tus cuentas.
De entrambos en la suerte
hay grande diferencia.
A quien te ve de lejos
atraes; si se acerca, 30
la fetidez que exhala
el cieno y la impureza
en que vives, al punto
le hiere, y te desprecia;
y el que ama mi blancura, 35
cuanto más de mí cerca
se pone, más admira
y estima mi pureza.
¡Qué lección del armiño
envuelve la respuesta! 40

BAEZA.

XVI. El pájaro herido de una flecha

Fábula

Un pájaro inocente
herido de una flecha
guarnecida de acero
y de plumas ligeras,
decía en su lenguaje 5
con amargas querellas:
«¡Oh crueles humanos,
más crueles que fieras!
Con nuestras propias alas
que la naturaleza 10
nos dio, sin otras armas
para propia defensa,
forjáis el instrumento
de la desdicha nuestra,
haciendo que inocentes 15
prestemos la materia!
Pero no, no es extraño
que así bárbaros sean
aquellos que en su ruina
trabajan y no cesan; 20
los unos y otros fraguan
armas para la guerra,
y es dar contra sus vidas
plumas para las flechas».
SAMANIEGO.

XVII. La pava y la hormiga

Fábula

Al salir con las yuntas
los criados de Pedro,
el corral se dejaron
de par en par abierto.

Todos los pavipollos 5
con su madre se fueron
aquí y allí picando
hasta el cercano otero.
Muy contenta la pava
decía a sus polluelos: 10
«Mirad, hijos, el rastro
de un copioso hormiguero.
Ea, comed hormigas,
y no tengáis recelo,
que yo también las como: 15
Es un sabroso cebo.
Picad, queridos míos,
¡Oh qué días los nuestros
si no hubiese en el mundo
malditos cocineros! 20
Los hombres nos devoran
y todos nuestros cuerpos
humean en las mesas
de nobles y plebeyos.
A cualquier fiestecilla 25
ha de haber pavos muertos.
¡Qué pocas navidades
contaron mis abuelos!
¡Oh glotones humanos,
cruels carniceros!» 30
Mientras tanto una hormiga
se puso en salvamento
sobre un árbol vecino,
y gritó con denuedo:
«¡Hola, conque los hombres 35
son crueles, perversos!
¿Pues qué seréis los pavos?
¡Ay de mí!, ¡ya lo veo!
A mis tristes parientes,
¿qué digo?, a todo el pueblo 40
sólo por desayuno
os lo vais engullendo».
No respondió la pava
por no saber un cuento
que era entonces del caso, 45
y ahora viene a pelo.
Un gusano roía
un grano de centeno:
Viéronle las hormigas:
¡Qué gritos!, ¡qué aspavientos! 50
Aquí fue Troya (dicen):

Muere, pícaro perro.
Y ellas, ¿qué hacían?, nada:
Robar todo el granero.
Hombres, pavos y hormigas: 55
Según estos ejemplos,
cada cual en su libro
esta moral tenemos.
La falta leve en otro
es un pecado horrendo, 60
pero el delito propio
no es más que pasatiempo.
SAMANIEGO.

XVIII. El muchacho y la Fortuna

Fábula

A la orilla de un pozo
sobre la fresca yerba,
un incauto mancebo
dormía a pierna suelta.
Gritole la Fortuna: 5
«Insensato, despierta,
¿no ves que ahogarte puedes
a poco que te muevas?
Por ti y otros canallas
a veces me motejan, 10
los unos de inconstante,
y los otros de adversa;
reveses de Fortuna
llamáis a las miserias:
¿Por qué, si son reveses 15
de la conducta necia?
SAMANIEGO.

XIX. Villancico

CORO
Venid, pastorcillos,
venid a adorar
al Rey de los cielos,
que ha nacido ya.

1.º

Un rústico techo 5
abrigo le da;
por cuna, un pesebre;
por templo, un portal;
en lecho de pajas
desnudito está 10
quien ve las estrellas
a sus pies brillar.

CORO

Venid, pastorcillos,
venid a adorar
al Rey de los cielos, 15
que ha nacido ya.

2.º

Hermoso lucero
le vino a anunciar,
y magos de Oriente
buscándole van: 20
Delante se postran
del Rey de Judá;
de incienso oro y mirra
tributo le dan.

CORO

Venid, pastorcillos, 25
venid a adorar
al Rey de los cielos
que ha nacido ya.

3.º

Sin ricas ofrendas
no temáis llegar; 30
que el Niño agradece
la fe y voluntad:
Del campo las flores
gratas le serán
al que con su risa 35
las hace brotar.

CORO

Venid, pastorcillos,
venid a adorar
al Rey de los cielos

que ha nacido ya. 40

4.º

Su madre en los brazos
meciéndolo está
y quiere adormirle
con dulce cantar;
un ángel responde 45
al mismo compás:
«¡Gloria en las alturas
y en la tierra paz!»

CORO

Venid, pastorcillos,
venid a adorar 50
al Rey de los cielos,
que ha nacido ya.

5.º

Humilde se acerca
un lindo rapaz,
que las puras aguas 55
bebió del Jordán:
Jesús le contempla
con alegre faz,
y un blanco cordero
principia a balar. 60

CORO

Venid, pastorcillos,
venid a adorar
al Rey de los cielos,
que ha nacido ya.

6.º

Con alma y con vida 65
volemós allá;
que Dios, niño y pobre,
nos acogerá:
Los brazos nos tiende
con grato ademán: 70
«¡Llegad! nos repite
su voz celestial.

CORO

Venid, pastorcillos,
venid a adorar

al Rey de los cielos, 75
que ha nacido ya.

MARTÍNEZ DE LA ROSA.

XX. La lluvia de verano

Fábula

Muy de madrugada
sale de su aldea
Lucas para un viaje
de unas ocho leguas.
No hay en todas ocho 5
parador ni venta,
no hay por el camino
árboles siquiera.
Gran calor aguarda,
porque Julio empieza: 10
Va por eso Lucas
bien a la ligera.
De flexible paja
sombrecito lleva.
Pantalón y chupa 15
son de primavera,
y alpargata leve
calza, que sujetan
lazos que le cruzan
sobre empeine y pierna. 20
Con lo cuál y un palo
y un morral de jerga,
Lucas diligente
del lugar se aleja.
Aun el sol no asoma, 25
la mañana es fresca,
nubes aparecen,
se levanta niebla.
Horas van pasando;
la humedad se aumenta: 30
Ya menudas gotas
por el aire ruedan,
hasta que a torrentes
lanzan las esferas
lluvia que amenaza 35
inundar la tierra.

Cual estaba Lucas,
júzguelo cualquiera:
Hízose una sopa
de pies a cabeza. 40
No era ciertamente
grande su paciencia:
Enojose y loca
se soltó su lengua.
«Luego quieren (dijo) 45
que uno se someta
dócil a las leyes
de la Providencia.
Esta condenada
lluvia que no cesa, 50
¿qué motivo tiene,
qué bien acarrea?
Mala es y remala
para la cosecha,
y salud y vida 55
puede que yo pierda».
Esto hablaba el necio,
cuando de unas peñas
un ladrón armado
sale y se le acerca. 60
Lucas imprudente
su garrote apresta,
sin mirar que el otro
tiene una escopeta.
Del gatillo tira 65
el ladrón con fuerza;
Mas por dicha el tiro
sin salir se queda.
Lucas acomete
con audacia nueva, 70
y el malvado entonces
huye entre las quiebras,
y para que Lucas
algo se detenga,
la escopeta arroja, 75
porque ya le pesa.
Nuestro caminante
discurrió al cogerla:
«No estará cargada,
cuando así la suelta». 80
Mírala, y entonces,
¡cuál fue su sorpresa!
Carga doble dentro

del cañón encuentra;
pero entrambas cargas 85
barro estaban hechas,
y lo mismo el cebo
de la cazoleta.
«¡Diantre! (dijo Lucas
muerto de vergüenza): 90
Locamente al Cielo
dirigí mis quejas:
Pólvora excelente
la del ladrón era,
y ella se inflamara 95
si estuviese seca.
Niebla y lluvia hicieron
que se humedeciera;
si ellas me calaron,
me salvaron ellas». 100
¡Gloria a Dios que rige
la naturaleza!
No hay mal en el mundo
que por bien no venga.

HARTZENBUSCH.

XXI. La venida del alba

Ya brilla la aurora
risueña y gentil,
envuelta en celajes
de suave carmín.
La luz ilumina 5
las flores de abril:
La rosa purpúrea
y el blanco jazmín
hermosos ostentan
su puro matiz; 10
y esparce su esencia
la brisa sutil.
Aquí los insectos
se miran bullir,
las aves canoras 15
despiertan allí,
y dejan cantando
su lecho feliz.
Derrama el rocío
sus lágrimas mil, 20

su llanto es de perlas,
diamante y rubí.
¡Cuán rica es natura!
¡Cuán bella y feliz!
¡Oh cándidos niños!, 25
del lecho salid,
llegad presurosos,
siguiéndome a mí.
Mirad ese cielo
y el mar de zafir, 30
los montes lejanos
y el lindo jardín,
postrados de hinojos
a Dios bendecid.
¡Loadle en sus obras 35
mil veces y mil!

XXII. Máximas

Quien pobló el cielo de estrellas
hizo la tierra que huellas.

La flor más pequeña mira,
y el poder de Dios admira.

Ama a Dios y ama a tu hermano, 5
ésta es la ley del cristiano.

De tus hijos sólo esperes
lo que con tu padre hicieras.

La conciencia es a la vez
testigo, fiscal y juez. 10

Sin virtud la ciencia humana
es caña frágil y vana.

No desprecies los consejos
de los sabios y los viejos.

Veis la virtud abatida, 15
mas también hay otra vida.

Nunca en vano juró el hombre
de Dios por el santo nombre.

Da de comer al hambriento,
y Dios te dará sustento. 20

Templa al sediento la sed,
y en Dios hallarás merced.

Quien alberga al peregrino
del cielo encuentra el camino.

Da apoyo y tiende la mano 25
al enfermo y al anciano.

No hallarás un avariento
que esté tranquilo y contento.

Nunca trates con desprecio
ni aun al que tengas por necio. 30

Propio es del justo y del sabio
el perdonar un agravio.

Ama a tu patria y tu rey
y sé obediente a la ley.

Al sueño nunca te entregues, 35
sin que por tus padres ruegues.

Al maestro reverencia,
y aprovecha su experiencia.

Si es bueno y dócil un niño,
de todos gana el cariño. 40

En boca del mentiroso
lo cierto se hace dudoso.

Buen porte y nobles modales
abren puertas principales.

Quien un mal hábito adquiere 45
esclavo de él vive y muere.

MARTÍNEZ DE LA ROSA.

1.º

¡Pobre madre!, está llorando
al pie del santo madero:
El pueblo murmura fiero
por la montaña girando.

Y ruge el tiempo bravío, 5
braman los mares profundos,
y giran soles y mundos
con espanto en el vacío.

¡Pobre madre!, ante los sonos
de sus dolientes afanes 10
alzan truenos y volcanes
sus más terribles canciones.

Y el ángel llora y se arredra;
tiemblan los jueces inquietos,
y se alzan los esqueletos 15
sobre sus tumbas de piedra.

Porque es tanta la aflicción
de la madre angelical,
que llora el mismo puñal,
al romper su corazón. 20

2.º

Ella vio al hijo nacer
sus ensueños realizando;
ella le durmió cantando
las endechas del placer.

Ella con ansia divina, 25
dejó sus plácidos lares,
cruzó de Judá los mares,
las cumbres de Palestina.

Y siempre, del hijo en Pos,
le siguió amante y serena, 30
como sigue el alma buena
la sombra santa de Dios.

3.º

Hoy ¡pobre madre!... le mira
sobre el Gólgota sangriento,
dando suspiros al viento 35
que en torno del árbol gira.

Le mira triste, llorando
por el pueblo su asesino:
Oye su acento divino
¡perdón!, ¡perdón!, murmurando. 40

Ve sus sienes desgarradas
por las espinas crueles;

ve marcados los cordeles
en sus manos veneradas,
y si oye de su ansia en pos 45
del pueblo el acento fijo,
ve que le matan al hijo
¡por el crimen de ser Dios!...

4.º

Pura y mística azucena
del desierto de la vida; 50
lámpara siempre encendida
para templar nuestra pena!

Celeste, cándido lirio,
por los ángeles cuidado,
puro clavel perfumado 55
con la esencia del martirio.

Yo vengo, madre, a besar
las estrellas de tu manto,
vengo a regar con mi llanto
los mármoles del altar. 60

.....

Del relámpago a la luz,
que la tormenta anunciaba,
yo vi a Dios que vacilaba
bajo el peso de la cruz.

Le vi dulce ante el desdén 65
del pueblo vil y asesino;
le vi con llanto divino
llorar por Jerusalén.

Vi su cabeza sangrienta
tocar con la dura roca; 70
vi un insulto en cada boca
y en cada grito una afrenta.

Y al verte a su lado ir,
dije con llanto de amor:
«¡Pobre esposa del dolor, 75
cuánto deberás sufrir!»

5.º

¡Pueblo!... con llanto profundo
ve a contemplar su agonía;
hoy es la fecha... es el día
de la redención del mundo. 80

Doquiera se oye el concierto
de la más honda tristeza;
¡hasta la naturaleza
parece que toca a muerto!

El templo... todo es dolor; 85
mucho sombra... poca luz...
Sobre el negro altar, la Cruz
ya no tiene al Redentor!

Al pie de la Cruz, María...
Cerca el sacerdote implora; 90
allá en las tinieblas llora
el órgano una armonía.

De las campanas el son
no se mezcla en el lamento
por no turbar en el viento 95
los ecos de la oración.

Y la luz que ante el altar
mal las tinieblas resiste,
está tan triste, tan triste,
que no se atreve a alumbrar... 100

Todo es llanto, y es dolor...
Mujeres, niños y ancianos,
¡venid!, ¡venid!, de las manos
a llorar al Redentor:

¡Venid ante el que se inmola 105
por colmar nuestra alegría;
venid a ver a María;
está sollozando y sola!

Llegad de vuestros hogares
con ofrenda a sus dolores; 110
dejad los campos sin flores
para cubrir sus altares.

Y no deis al corazón
hoy consuelo en su quebranto:
¡Porque será vuestro llanto 115
la segunda redención!

B. LÓPEZ GARCÍA.

XXIV. Acto de amor

Tan niño soy que no sé
cómo he de amarte, Señor;
que en las empresas de amor
aún lecciones no tomé.

Mas he llegado a advertir, 5
tras de mucho cavilar,
que para saber amar
no hay como saber sentir.

Si es así, mira rendido

a tus pies mi corazón, 10
gobierna ya a discreción
su generoso latido.

Brioso está por demás,
a par, mi Dios, que impaciente
de tener quien alimente 15
la ansiedad que tú le das.

Mas guardando en sí la idea
de tus altas perfecciones,
¿quién busca extrañas pasiones
ni más que en ti se recrea? 20

¿Quién halla nada en el mundo
que sus esperanzas llene,
ni a otro pecho se mantiene
que al de tu gracia fecundo?

Ea, pues, ya estoy aquí 25
lleno de ansiedad y amor;
mírame venir, Señor,
cual de tus manos salí.

Si algunos torpes sonrojos
un punto, ¡oh Dios!, me afearon, 30
ya con ellos me miraron,
sin despreciarme, tus ojos.

Dígnate, pues, ordenar,
y verasme obedecer;
dime ya qué he de querer, 35
y lo que he de despreciar.

Que estoy tan fuera de mí
y de tu amor tan sediento,
que ya más de mí no siento
sino lo que siento en ti. 40

Hermosa es, Señor, tu gloria;
infinita maravilla
donde en todas partes brilla
con vivas luces tu historia.

Mas pienso yo que si fuera 45
otra, Señor, tu morada,
ni un punto más fuera amada,
ni más, ¡oh Dios!, la quisiera:

Que en el amante desvelo
que así me quita la calma, 50
ajena a todo mi alma,
sólo en ti tiene su cielo.

Dame, pues, que pronto pase
la inquietud que ahora me apena,
yendo a la región serena 55
donde en tus fuegos me abrase.

Fuegos de tales ardores
que abrasan tan dulcemente,
que el alma entre ellos se siente
como en tálamo de flores. 60
SATORRES.

XXV. Los niños y los galgos

Fábula

Por no saber la lección
estaban los niños presos;
libres dos galgos traviosos
jugaban a discreción;
y de la triste pareja 5
viendo las caras llorosas,
que se asomaban quejosas,
por los huecos de la reja,
les dicen: -¿Os gusta el juego?
Pues a estudiar daos traza; 10
que antes cogimos la caza
para divertirnos luego.
BAEZA.

XXVI. El búho y el canario

Fábula

Dos jaulas juntas había
de un patio en el corredor;
una un búho contenía,
otra un canario cantor.
El búho en honda tristeza 5
sumergido suspiraba,
y así mostró su extrañeza
al vecino que cantaba:
-Cáusame, dijo, gran pasmo
observar que tu prisión 10
cantas con tal entusiasmo,
sin demostrar aflicción.
No es nada propio en verdad

el canto del que entre rejas,
en su triste soledad 15
debe sólo exhalar quejas.

-Eres, respondió el canario,
muy digno de compasión,
¡infeliz!, y es necesario
que procures distracción. 20

Que es grande el padecimiento
de aquel que constantemente
de la pena en el tormento
tiene fijada su mente.

Del canto la melodía, 25
o bien a ensayar un trino,
dedicado todo el día,
venzo el rigor del destino.

La suerte que me condena,
cual ves, no llego a sufrir, 30
porque endulzando la pena,
paso el tiempo sin sentir.

Aprended, jóvenes, arte
que con grata ocupación
del alma la pena aparte 35
en las horas de aflicción.

ID.

XXVII. Domus aurea

No busque el alma cristiana
en desatentado anhelo
la pompa del mundo vana,
que quien por ella se afana
se afana por huir del cielo. 5

No basta el vistoso encanto
de un alto y soberbio asilo
para ahogar nuestro quebranto:
Mas el corazón tranquilo
nunca da a los ojos llanto. 10

Un pobre pastor tenía
cabe un torrente sonoro
una choza oscura y fría;
mas en la VIRGEN vivía
y habitaba CASA DE ORO. 15
MORERA: Letanía Poética.

XXVIII. La joya milagrosa

Hay, según los navegantes,
allá lejos un país,
cuyos pobres habitantes
andan a todos instantes
con sus bienes en un tris. 5

Ya un espantoso huracán
hace en la cosecha riza,
ya sepultura le dan
las piedras, lava y ceniza
de un repentino volcán. 10

Los de ilustre jerarquía
y los míseros gañanes,
todos viven entre afanes,
recelando cada día
terremotos y huracanes; 15

para auxilio en tales daños,
entrega el común Señor
allí a cada morador,
ya desde sus tiernos años,
una joya de valor. 20

Y tales prodigios obra
la joya a los niños dada,
que con ella todo sobra,
y sin ella no se cobra,
de lo que se pierde, nada. 25

Sin embargo, aquella gente
se echa el alma tanto atrás,
que es la cosa más frecuente
perder la joya excelente,
y no cobrarla jamás. 30

Causará sin duda espanto
su locura; ¡pero qué!
¿Nada igual aquí se ve?
¿No hacen muchos otro tanto
con la joya de la fe? 35

Y sus luces, en verdad,
son las que nos guían solas
a puerto de claridad
en la noche y en las olas
de la ruda adversidad. 40

HARTZENBUSCH.

XXIX. Teórico

Cierto joven pretendía,
porque brillaba en charlar,
que bastante se sabía
con dedicarse a estudiar
tan solo la teoría. 5
Las reglas así aprendió
de nadar, y de contado
satisfecho se lanzó
al río; ¡qué desdichado!,
en el momento se ahogó. 10

Quien se crea superior
en las artes o la ciencia
sin la práctica experiencia,
del osado nadador
sufrirá la penitencia. 15

BAEZA.

XXX. El caballo de bronce

Niños, que de seis a once
tarde y noche alegremente
jugáis en torno a la fuente
del gran caballo de bronce
que hay en la plaza de Oriente: 5

Suspended vuestras carreras,
pues hace calor, y oid
una historia muy de veras,
y de las más lastimeras
que se cuentan por Madrid. 10

Ese caballo años há
estaba, como quizá
sabréis sin que yo lo indique,
dentro del Retiro, allá
frente a la casa DEL DIQUE. 15

Allí da el jardín frescura
con sus aguas y verdor,
y el canoro ruseñor
tiene morada segura
de enemigo cazador. 20

Allí al caballo volaban
con fácil y fresco arranque
mil pájaros que llegaban

a beber en el estanque,
cuyas ondas le cercaban. 25

Allí, con reserva poca,
le iba registrando entero
la turba intrépida y loca,
y hallábale un agujero
que tiene el bruto en la boca. 30

Es de tal disposición,
que por la parte de afuera
da fácil introducción
a un pajarillo cualquiera
del tamaño de un gorrión. 35

Por adentro, sin percance,
todo el cuello de un avance
mete el pájaro; después,
como no hay donde afiance
ni las alas, ni los pies, 40
ni ellos le son de provecho,
ni ellas le hacen sino estorbo
y empujando con despecho,
se hiere garganta y pecho
contra el borde áspero y corvo, 45

y víctima el animal
de su imprudencia fatal
que salir de allí le veda,
vuela, anda, se atonta y rueda
por la cárcel de metal, 50

donde triste prisionero,
pidiendo en vano merced,
sobre muchos que primero
tuvieron su paradero,
perece de hambre y de sed! 55

Milavecillas buscando
sombra densa en el estío,
mil en el invierno, cuando,
ya lloviendo, ya nevando,
traspasábalas el frío, 60

embocáronse en la panza
del caballo, que en venganza
debió decir para sí:
Renunciad a la esperanza,
pájaros que entráis en mí. 65

Con el tiempo se mudó
del jardín en que habitó
a la plaza donde está,
y entonces se le quitó
el cuerpo que encima va. 70

Y los cóncavos secretos
del cuadrúpedo cruel
aparecieron repletos
de plumas y de esqueletos
de aves tragadas por él. 75

Dañosa curiosidad
las condujo a muerte cruda.
-¡Ay!, cuántos en nuestra edad
por la brecha de la duda
se abisman en la impiedad! 80

Abismo donde pedir
favor al mortal discurso
no basta para salir:
Él nos deja sin recurso
desesperar y morir. 85

HARTZENBUSCH.

XXXI. Rosa mística

Abrid al sol vuestros cálices,
bellas flores de la tierra,
y el aroma que se encierra
en vuestros senos lanzad.
Ya alegres bajan los pájaros 5
a admirar vuestra hermosura,
y con vuestra esencia pura
el ambiente embalsamáis.

¡Pobres flores!, a las ráfagas
caerán del viento frío. 10
O las secará el estío
en lo tierno de su edad;
mas tú siempre, Rosa mística,
libre del calor y el hielo,
de los pensiles del cielo 15
eterna gala serás.

MOHERA: Letanía poética.

XXXII. ¡Pobres niños!

No llores, niño inocente,
porque el tapiz de tu lecho,
en mil harapos deshecho,
no conserve tu calor;

no llores, no, si una madre 5
tienes que, en su seno amigo,
ofreciéndote un abrigo,
te acaricia con amor.

Eres más feliz que el huérfano
que duerme en casa suntuosa, 10
sin que sus labios de rosa
cierre el beso maternal,
que mientras él se desvela
sin que le aduerma un cariño,
tú lo encuentras, pobre niño, 15
y hallas alivio a tu mal.

Él no, y es un inocente
como tú, ¡y es tan hermoso!,
y es como tú candoroso;
los dos vivís una edad, 20
y los dos lloráis; tú, pobre,
lloras temblando de frío
y el otro llora, ¡hijo mío!,
sin saberlo, su orfandad.

¡Ah!, no lloréis, mis queridos, 25
que hay para los dos un cielo,
para los dos un consuelo,
un manto para los dos;
hay una Virgen que vela
por los niños desgraciados, 30
y deja a los afortunados
para que los vele Dios.

ÁLVAREZ.

XXXIII. La mujer y la niña

LA MUJER

Deja volar, hija mía,
a esta linda mariposa,
que juguetona y gozosa
se va burlando de ti.
Jugaste ya todo el día, 5
tienes el rostro encendido,
desaliñado el vestido,
¿y aun sigues corriendo así?

Ven a sentarte a mi lado,
ven a escuchar mis razones: 10
Es tiempo ya que abandones
ese placer tan trivial,

y en tu pecho inmaculado
que guardes siempre grabadas
las reflexiones dictadas 15
por mi afecto maternal.

Hay placeres ignorados
en esa edad todavía,
mas son placeres que ansía
el alma de la mujer; 20
tú, con asiduos cuidados
y por mi amor dirigida,
podrás quizás en la vida
tales goces obtener.

¿No es bien hermoso en la escuela 25
escuchar cada mañana
reglas de moral cristiana
y practicarlas después?
Bello es por cierto, mi Adela,
y allí enseñar mil primores, 30
por cuyas lindas labores
luego aplaudida te ves.

LA NIÑA

Bello es jugar por el prado
y perseguir mariposas,
y coger flores hermosas, 35
como aquellas que hay allí;
y el otro día, Conrado
me alcanzó también un nido.
Mamá, si hubieses venido,
¿no hubieses gozado? Dí. 40

LA MUJER

No, que aquellas avecitas
en tus manos expiraban,
y sus padres las amaban
como yo te quiero a ti.
Gozo al ver que te ejercitas 45
en hacer bien, y al mendigo
prestas amparo y abrigo
cual me ves hacer a mí.

Así gozo: en hora buena
que en tus juegos inocentes 50
busques flores diferentes
que arrojas sin compasión;
pero a nadie causes pena,
ni a seres irracionales,
que también los animales 55

tienen, niña, corazón.

Es la mujer en el mundo
ángel de amor y consuelo,
que descendiera del cielo
por la bondad del Señor. 60
Siente cariño profundo,
y es su deber noble y santo
enjugar doquiera el llanto
y templar siempre el dolor.

Si esta misión elevada 65
sabes cumplir dignamente,
tu corazón inocente
rebosará de placer;
y bendecida, adorada,
sembrando siempre favores, 70
nunca los crudos dolores
llegarás a conocer.

LA NIÑA

¡Oh! Me engañas, madre mía;
tú, que eres buena conmigo,
que le das pan al mendigo 75
y trabajas sin cesar,
también lloras; te vi un día
suspirar, mirar al cielo,
y con tu blanco pañuelo
una lágrima enjugar. 80

LA MUJER

Es verdad, hija del alma.
En las rosas purpurinas
¿no es cierto que las espinas
te han punzado alguna vez?,
mas sí, tranquila y con calma, 85
de sus punchas las despojas,
no es difícil que las cojas
a pesar de su altivez...

A la luz del sol poniente
¿ves esas nubes de plata, 90
esa franja de escarlata
y ese cielo puro?

LA NIÑA

Sí.

LA MUJER

Pues si sufriendo paciente

no te da el mundo consuelo,
más arriba de este cielo 95
hay un lugar para ti.

XXXIV. ¡Dichoso tú!

A mi sobrino Ángel, muerto a los ocho días de su nacimiento.

Dime, niño, ¿por qué causa
dejaste el límpido cielo
trocando por este suelo
la mansión del querubín?
¿Qué esperas hallar, hermoso, 5
en este valle infecundo?
Sólo pesares da el mundo
y un negro sepulcro al fin.

¿No temes mojar tus alas,
delicada mariposa, 10
en el agua cenagosa
de este inmundo lodazal?
Flor del Edén, ¿no recelas
perder tu célica esencia
o que manche tu inocencia 15
el contacto mundanal?

¿Por qué vivir, hijo mío,
si el vivir es desventura,
y la copa de amargura
apuramos sin cesar? 20
¿Por qué vivir?... si te faltan
de tus padres las caricias,
nunca tan puras delicias
volverás a recobrar...

.....
.....

Mas ya la Iglesia cristiana 25
acoge al niño inocente,
sellando su blanca frente
con la señal de la cruz.
Ángel le llama, y un ángel
no ha de morar en el suelo... 30
¡Tal vez remonte su vuelo
a la mansión de la luz!...

¿Por qué sus labios de rosa
pierden el brillo primero?

¿Por qué su rostro hechicero 35
cubre mortal palidez?

¡Pobre niño!, flor temprana
que un rayo de sol hiriera,
¡esa dolencia ligera
traerá la muerte tal vez! 40

La hortensia vive marchita,
si la toca el sol ardiente,
inclinada tristemente
sin perfume ni color;
mas el jazmín delicado 45
muere al punto de tristura,
perdida la esencia pura,
perdido el primer albor.

Así tú, por no exponerte
en esta tierra maldita, 50
y arrastrar triste y precita
una vida sin virtud,
cual la flor dobla su tallo
doblas tu linda cabeza
y encierras tanta belleza 55
en un dorado ataúd!...

¡Ya expiró! Padres amantes,
¿por qué lloráis sin consuelo?,
¿no está mejor en el cielo
que en este mundo falaz? 60
Él será el ángel que ruegue
por vosotros al Eterno,
y envíe al hogar paterno
la bendición y la paz.

Del céfiro en los suspiros 65
oiréis su cándido acento,
beberéis su puro aliento
en la esencia de la flor;
y en la bóveda celeste,
al contemplar una estrella, 70
veréis la mirada bella
del hijo de vuestro amor.

Y al terminar el destierro
que aquí las almas cautiva,
en su patria primitiva 75
venturoso le hallaréis.

¡Niño hechicero! En buen hora
dejaste el mísero suelo.

Volvióse el ángel al cielo...
¡Pobres padres, no lloréis! 80

- XXXV -

Cuento

Cuentan de un sabio que un día
tan pobre y mísero estaba,
que sólo se sustentaba
de unas hierbas que cogía.
¿Habría otro (entre sí decía) 5
más pobre y triste que yo?
Y cuando el rostro volvió,
halló la respuesta viendo
que iba otro sabio cogiendo
las hierbas que él arrojó. 10
CALDERÓN

XXXVI. Las hormigas

Lo que hoy las hormigas son
eran los hombres antaño;
de lo propio y de lo extraño
hacían su provisión.
Júpiter que tal pasión 5
notó de siglos atrás,
no pudiendo aguantar más,
en hormigas los transforma.
Ellos mudaron de forma:
¿Y de costumbres? Jamás. 10
SAMANIEGO.

XXXVII. La bocina y el eco

Fábula

Dijo una vez la bocina
al eco repelidor:
¿Por qué su merced, señor,
a remedarme se inclina?
Pero cuando el cielo trina, 5

y al orbe airado estremece,
a buena fe que enmudece;
y el eco le respondió:
¿Pues que el suelo mereció
lo que el cielo se merece? 10

LECCIONES ESCOGIDAS.

XXXVIII. El ladrón

Fábula

Por catar una colmena
cierto goloso ladrón,
del venenoso aguijón
tuvo que sufrir la pena.
La miel (dice) está muy buena, 5
es un bocado exquisito;
por el aguijón maldito
no volveré al colmenar.
¡Lo que tiene el encontrar
la pena tras el delito! 10

SAMANIEGO.

XXXIX. Las moscas

A un panal de rica miel
dos mil moscas acudieron,
que por golosas murieron
presas de patas en él:
Otra dentro de un pastel 5
enterró su golosina:
Así, si bien se examina,
los humanos corazones
perecen en las prisiones
del vicio que los domina. 10

SAMANIEGO.

XL. A Dios

Señor, de bondades fuente,

eterno centro de amor,
¡Oh!, Padre mío:
Gran Rey cuya voz potente
a los iris dio color, 5
perlas al río.

¡Oh! Vos que padres me disteis
a cuya sombra creciese
y les amase,
y un ánima en mí pusisteis 10
a fin de que os conociese
y adorase:

Quiéroos con todo mi pecho,
pues sé que el amor, mi Dios,
es cual las flores, 15
en cuyo cáliz estrecho
para el hombre y para Vos
sobran olores.

Os amo porque a Vos debo
de mis padres las caricias, 20
los desvelos,
las frescas brisas que bebo,
la flor que hace mis delicias
y los cielos.

Os amo; mas no, Señor, 25
porque podéis castigarme
por no amaros,
mas porque, fuente de amor,
pudierais dejar de amarme
y enojaros. 30
RUBIÓ.

Segunda serie

I. Fantasía nocturna

«Para mí da la tierra tantos frutos,
nada el pez, pace el bruto, el ave anida,
dos mundos ciñe el mar, luce la luna,
alumbrá el sol, y las estrellas brillan».

Así en la humilde grama reclinado, 5
vuelta al cielo la frente envanecida
soñaba el hombre, y de natura toda
señor, árbitro y dueño se imagina.

En la copa de un álamo cercano
una águila caudal posaba altiva, 10
tal como ardiendo el rayo entre sus garras
al pie de Jove se ostentara un día:
«¿Quién como yo? (con su ademán clamaba).
Las aves por su reina me apellidan:
Si me place abatirme hasta la tierra, 15
cruzo de un vuelo la región vacía,
y el rumor de mis alas al ganado
y al mísero pastor atemoriza;
si me place, remóntome hasta el cielo
clavo en el sol la penetrante vista, 20
y la nube que aterra al débil hombre
miro bajo mi planta suspendida».

Al pie del árbol mismo entre la hierba,
la luciérnaga apenas relucía;
mas no menos sus títulos de gloria 25
recordaba a la par desvanecida:
«Los prados me dio el cielo por recreo,
las flores por morada y por delicia;
para mí sola el céfiro las abre,
las tiñe el sol, y el alba las rocía; 30
me apaciento en la tierra como el bruto;
las alas bato como el ave altiva:
Doy luz al hombre, que camina a ciegas,
y alguna estrella mi esplendor envidia».
Entre tanto los astros lentamente 35
por el cielo su curso proseguían;
la tierra reposaba silenciosa,
el mar en la ribera se dormía...
Mas con un soplo el viento meció el árbol,
y el águila ahuyentó despavorida; 40
desgajose una rama, y turbó el sueño
del que señor del orbe se creía;
y al miserable insecto hundió en el polvo
una hojilla del árbol desprendida.
MARTÍNEZ DE LA ROSA.

Fábula

Estaba el niño Gil postrado en cama
de una fiebre tenaz y peligrosa,
y el médico mandó que el tierno brazo
tendiese a la lanceta salvadora.
No era Gil de los tímidos chicuelos, 5
que si de sangre pierden una gota,
se ponen a temblar; brioso y dócil,
se conformó con la sentencia docta;
a presenciar la interesante escena
solícitos acuden a la alcoba 10
los padres, la criada, y el primero
Blas, hermano de Gil, que en él adora.
Átale a Gil el sangrador la venda,
báñale el brazo en agua, se lo frota,
y la vena infantil, hinchada al cabo, 15
el hombre el pincho con los dedos toma.
Callado Blas y atónito observaba
la rara operación preparatoria,
sin saber qué pensar; mas en el punto
que la lanceta vio... ¡Virgen de Atocha!, 20
¡qué lágrimas!, ¡qué gritos!... -Yo no quiero
(clamaba sin cesar aquella boca).
Yo no quiero que pinchen a mi hermano.
Váyase usted de aquí, ¡mata-personas!
-¡Cuánto me quiere Blas!, dijo el paciente. 25
-Es muy buen corazón, dijo llorosa
de placer la mamá: lo mismo el padre
sintió, y el cirujano y la fregona.
Retiraron a Blas, pues de otro modo
su fraternal dolor allí le ahoga. 30
Corrió la sangre del querido enfermo,
y se alivió y curose por la posta.
El júbilo de Blas ya se supone.
Como su afecto a Gil era una cosa
fuera de lo común, su madre en pago 35
dióle unos mazapanes de Vitoria.
-A la parte me llamo, Gil le dijo.
-Guardarlos quiero, contestó con sorna
el cariñoso Blas. Para guardarlos,
se los comió en seguida el zampa-tortas. 40
-¡Bravo! (exclamaba Gil) señor goloso,
¡usted que tanto por su hermano llora,
un miserable mazapán le niega,
y sin reparo los engulle a solas!

Pues el tener buen alma no consiste 45
sólo en gimotear; consiste en obras.-
Blasito, relamiéndose, repuso:
-Una cosa es llorar, y dar es otra.

HARTZENBUSCH.

III. Dios

No hay Dios, dice el ateo. ¿En dónde existe?
¿Por qué no se descubre a los mortales?
¿Por qué de su grandeza no se viste,
y cura de una vez todos los males?

¿Por qué no advierte que en el mundo todo 5
sólo se halla maldad y desventura?

¿Por qué no torna al hombre de otro modo,
si el hombre debe ser su criatura?

¿Y cómo existo yo? ¿Quién nos ha dado
a mí y al primer hombre la existencia? 10

¿Quién en mi corazón dejó clavado
este mortal dudar, esta conciencia?

¿Quién puso al hombre en su destino un velo
que inútilmente por rasgar se afana?

¿De dónde vine cuando vine al suelo? 15

¿A dónde iremos al morir mañana?

Si el hombre guarda tras la muerte horrible
su forma material, ¿por qué, perdida
el aura que le alienta, no es posible
inspirarle otra vez, darle la vida? 20

¿Qué es la vida del hombre, qué es la muerte?

¿Quién le ha dado ese espíritu divino
que nadie es a oprimir bastante fuerte,
ni se conoce el fin de su camino?

Un ser debe existir que lo hizo todo 25
creando el mundo de la fría nada.

Formando al hombre del inmundo lodo
con inmensa potencia ilimitada.

Un ser que a todos la existencia ha dado
sin haberla jamás él recibido, 30
que no tiene futuro ni pasado,
ni un momento existió que él no ha existido.

Que si pudo el Eterno solamente
un momento no ser, absurdo fuera
de la nada poder formarse un ente 35
sin que otro superior el ser le diera.

¿Conque no existe Dios? Mas ¿quién lo dice?,

el hombre ciego que se arrastra acaso,
que entre espesas tinieblas, ¡infelice!,
no da seguro en su existencia un paso. 40

El hombre que no sabe dónde mora
y que no se conoce aún a sí mismo,
que tiembla de una aurora hasta otra aurora,
que marcha de un abismo en otro abismo.

Que nada sabe, que lo duda todo 45
su corto y limitado entendimiento.

¡Frágil hechura de mezquino lodo!,
tras una duda te persiguen ciento.

¿Y tú niegas a Dios? ¡Delirio insano!
¡Febril audacia de ignorancia loca! 50
¿Cómo osas disputar lo sobrehumano,
si a conocerte a ti la vida es poca?

Un ser existe de potencia tanta
que da aliento vital a cuanto existe;
sienta en la tierra su divina planta, 55
de flores luego y de verdor se viste.

Él quiso que naciera, y nació el mundo
con altos montes y tortuosos ríos,
con un inmenso piélago profundo
rodeado de escollos y bajíos. 60

Él dio curso a los líquidos cristales
que sin descanso por la tierra giran,
convertidos en perlas orientales
cuando las sombras en el mundo expiran.

Dio a los prados fresquísima verdura 65
y aromas deliciosos a las flores,
y cántigas de amor y de ternura
les enseñó a las aves de colores.

Y a la preciosa tórtola divina
a llorar su viudez en la pradera, 70
cuando va por el valle peregrina
buscando su perdida compañera.

Y enseñó a los reptiles ingeniosos,
que el frío del invierno los enerva,
a que arrastren sus cuerpos escamosos 75
sobre la verde apetecida hierba;

Y con extraños lánguidos suspiros,
los lucientes insectos zumbadores
buscar con vagos caprichosos giros
el cáliz peregrino de las flores; 80

Él enseñó a los peces argentados,
que el agua oculta del tranquilo río,
a sorprender insectos descuidados

que lo atraviesan con menguado brío.

Y cada cual en su elemento gira 85
sin traspasar la divisora valla,
y cada cual hacia su fin conspira
y al impulso obedece que en sí halla.

Que Él dio a las aves habitar el viento;
llegando hasta nosotros a las veces, 90
en la tierra nos dio para sustento,
y el líquido cristal para los peces.

Porque Él ha consagrado el orden santo
que en todo el mundo por doquier se admira,
cuando la noche cubre con su manto, 95
cuando a la luz del sol todo respira.

De día y noche en el invierno frío,
y en la florida primavera amena,
y en los ardientes soles del estío,
y en el otoño que esperanzas llena, 100

en caprichosas formas divididos
que ni la ardiente fantasía sueña,
los seres todos, por su voz movidos,
obran sin vacilar, que Él les enseña.

Y un solo pensamiento los absorbe, 105
cumplir las leyes a su fin prescritas,
cual si la inmensa máquina del orbe
la compusieran ruedas infinitas.

Y derrama a torrentes la armonía
ese inmenso acordado movimiento, 110
que no osa a comprender la fantasía,
y lo produce sólo un pensamiento.

.....
¡Y niega el hombre a Dios! ¡Delirio insano!
¡Febil audacia de ignorancia loca!
¿Quién osa disputar lo sobrehumano, 115
si a conocerse así la vida es poca?

RAFAEL BOIRA.

IV. Al Salvador

EN LA SEMANA SANTA.

¡Bendita tu pasión, Jesús divino,
bendita tu pasión, bendita sea!
Fuente de amor, que al derramar la idea,
señala al mundo el celestial camino.

¡Misterio de misterios!, ¿quién dijera 5
que en un leño que el Líbano daría

la Cristiandad, la humanidad entera
de esclavitud y error se salvaría?

¡Cuánto el hombre te debe, Jesús mío!
¡Cuánta paz y consuelo en su amargura! 10
Tu sangre hermosa que vertió el impío
conviértese en torrentes de ternura.

A contenerlos sin cesar no alcanza
el perverso y cruel, que el indigente
ve acercarse las aguas del torrente 15
y halla en tanto consuelo en su esperanza.

¿Y cómo no? Jesús... ¿Por qué este día
calla mustio el Cedrón y el Jordán llora?
¿Por qué las flores que el Carmelo cría
ocultan su belleza encantadora? 20

¿Por qué negro crespón de hito y pena
la madre Iglesia sollozando viste?
¿Por qué el orbe cristiano el templo llena,
y eleva su oración con alma triste?

¿Por qué hoy la espada de la ley no hiere? 25
¿Por qué el puñal el asesino arroja?
¿Por qué el avaro al indigente hoy quiere,
y alivia generoso en su congoja?

Tanto sentir, misericordia tanta,
nacen del pensamiento fervoroso 30
de tu pasión y tu doctrina santa,
que hará del mundo un pueblo venturoso.

¡Bendita tu pasión, Jesús amado!
Tu ley de amor el mundo todo encierra;
un libro y una Cruz nos ha dejado, 35
un libro y una Cruz salvan la tierra.

¡Un libro y una Cruz!.. bien y consuelo
del hombre honrado, y pobre, y perseguido,
con ellos sana el pecho dolorido,
con ellos mira en recompensa un cielo. 40

GABRIEL FERNÁNDEZ.

V. Meditación

Yo te veo, Señor, en las montañas
que soberbias se miran en su altura,
do reciben la luz con que las bañas,
antes que este hondo valle de tristura;

Y en el último y lánguido reflejo, 5
que recogen del día moribundo,

cuando su altiva cumbre es el espejo
de las sombras que caen en el mundo;

Y en su color azul y nieve fría
que oculta la preñez de los volcanes, 10
como encubre falaz hipocresía
de infame corazón pérfidos planes.

Que tú les das la niebla matutina
que se pierde por leve y vaporosa;
tú les enciendes llama que ilumina, 15
tú su cráter entibias y reposa.

Desataste en sus simas y pendientes,
para calmar la sed de los mortales,
las cristalinas venas de las fuentes,
y escondiste en su seno los metales. 20

Mas ellos ambicionan el tesoro
que previsión de un padre les encierra,
no pueden apagar la sed del oro
y rompen las entrañas de la tierra.

¡Metal de execración!, metal maldito 25
cuya pálida luz cegó los ojos,
doró deformidades del delito
y alumbró los desórdenes y enojos!

Yo te veo, Señor en los breñares
poblados de malezas muy bravías, 30
en los altos, difíciles lugares,
do el águila renueva largos días.

El águila que es hija de los vientos,
con su nido que es campo de batalla,
lleno de los despojos más sangrientos 35
del vulgo de las aves que avasalla.

Sombría como el sitio donde habita,
de furibundos ojos y de garras
duras como las peñas que visita,
corvas como moriscas cimitarras. 40

Que tú para acortar los Aquilones
la fuerza muscular le diste en prenda;
te busca por las célicas regiones,
por eso mira al Sol como a su tienda.

Tú contaste sus plumas más ligeras, 45
como cuentas los árboles y frutos,
los átomos que cruzan las esferas,
y hasta la eternidad por sus minutos.

Yo te veo en el mar: en la ola verde
azul o sonrosada que camina, 50
que con orla de aljófares se pierde,
mientras otra más alta se avecina.

También cuando lo tienes en bonanza

para el pequeño alción que a sus cristales
fía su hermosa prole y su esperanza, 55
mientras atas furiosos vendavales,

y en el cetáceo enorme, que entre hielos,
que muros de cristal pueden decirse,
alza dos ríos de agua hasta los cielos,
y agita el mar del Norte al rebullirse; 60

que herido del arpón, iras alienta,
con su sangre las aguas enrojece,
y las pone agitadas en tormenta...
¡Tanto puede su mole que padece!

Tú le diste los mares por presea 65
donde tenga por lecho las bahías:
El boreal y antártico pasea;
por abismos de espuma tú le guías.

Yo te veo, Señor, en el insecto
que busca en la camelia nido y casa, 70
con las galas de adorno tan perfecto
que unas púrpuras son, y otras son gasa;
y en el que enamorado de su pompa
se contempla en la fuente bulliciosa,
y en el que chupa almíbar con su trompa, 75
y en el que se adormece en una rosa;

Y en el que queda suspenso ante las ovas
mecido en equilibrio con las alas,
y al parecer les canta dulces trovas
que sólo entiendes tú que a ti te igualas. 80

Y en el reptil que turba linfas puras,
que por su cauce nítido se alegra,
y el que por las musgosas hendiduras
asoma su cabeza verdinegra.

Tú has vestido de flores las colinas 85
cual nunca Salomón se engalanara,
cuando a ruego de hermosas concubinas
ídolos en los bosques adorara.

Tú has dado los aromas y canelas,
papagayos hermosos y parleros, 90
búfalos, elefantes y gacelas,
cedros, palmas, acacias, bananeros.

Que tú eres el principio de ti mismo,
sin contar el origen de tus días,
grande en la inmensidad y en el abismo, 95
Dios de eternas venturas y alegrías.

AROLAS.

VI. La Piedad Divina

Yo nací pecador: nací llorando,
y la piedad de Dios me abrió su fuente,
el agua de su gracia derramando
sobre mi tierna y delicada frente.

Mi infancia y juventud, ¡ay de mí triste!, 5
fueron larga cadena de dolores,
que tú, corazón mío, mereciste
causando a Dios acerbos sinsabores.

Y el soberano autor de mi existencia
me ha sostenido al borde de la tumba, 10
dándome por escudo su clemencia
para que a tantos males no sucumba.

Con ella me defiende de la ira
de su excelsa justicia vengadora,
cuya espada de fuego en torno gira 15
de mi pobre cabeza pecadora.

Con ella me circunda noche y día.
Ni satisfecho de un amor tan grande
a un ángel de su corte me confía,
mandando que conmigo siempre ande. 20

Le encarga que me quiera como hermano,
que sea para mí luz y consuelo;
y, como a débil niño de la mano,
me lleve por la senda que va al cielo.

¡Cuán bien merece Dios llamarse padre! 25
Paternales entrañas de dulzura
tiene, pues hace mío el de su madre
delicioso regazo de ternura.

En sus brazos dulcísimos me arroja,
y antes le ha dado corazón materno 30
para que blando dentro de él me acoja,
con un amor divinamente tierno.

Antes que yo mi Dios al mundo vino
a prepararme el seno regalado
de otra madre nacida del divino 35
corazón, que rasgué con mi pecado.

¡Ay!, desde el leño de salud fecundo,
en que mis culpas su inocencia expía,
me da dos madres, una en este mundo,
y otra en el cielo que su muerte abría. 40

En el cielo la Reina del querube,
y en el mundo su Iglesia sacrosanta,
cuyos fulgores no consienten nube,
cuya belleza maternal me encanta.

No contará mi lengua agradecida 45

el mar de beneficios que le debo;
sólo diré que para eterna vida
la sangre de mi Dios en ella bebo.

Con el divino Pan el alma mía
ella nutre. ¡Delicia prodigiosa!, 50
A ella sola dejó su Eucaristía
Dios, que ella sólo es su querida esposa.

Para embriagarme con tan dulce vino
la divina Piedad me tiene al seno
de mi madre la Iglesia, a quien previno 55
que lo tuviera de ternura lleno.

¡Oh divina piedad hechizadora!
¡Al insensato que infeliz dudara
que es infinito el Dios que mi alma adora,
tus hazañas de amor yo le mostrara! 60

EL MARQUÉS DE CASAJARA.

VII. Un joven como hay muchos

Fábula

A un mancebo un anciano preguntaba
al anciano el mancebo respondía
lo que voy a contar, pues que pasaba
el caso un viernes a la vera mía.

«¿Y qué piensas tú ser?» «Seré abogado, 5
que es carrera de lustre y de provecho».

«¿Y después?» «Periodista y diputado,
pues tengo buena labia y mucho pecho».

«¿Y después?» «Tocaremos el registro
que en las altas regiones tanto ayuda, 10
y en hallando ocasión seré ministro».

«¿Y después?» «Millonario; ¡quién lo duda!,
hacerme rico sin tardanza espero,
que es muy triste vivir en apreturas».

«¿Y después?» «Daré suelta a mi dinero 15
en palacios y coches y aventuras».

«¿Y después?» «Seré conde, según pienso,
o marqués y gran cruz, lo que es muy grato».

«¿Y después?» «Disfrutando del incienso

brillaré entre la pompa y el boato». 20

«¿Y después?» «Sonriéndome la suerte,
luengos años veré gozando en calma».

«¿Y después?» «Ya después, ¡oh Dios!, la muerte».

«¿Y después?» «¿Qué hay después?» «¡PERDER EL ALMA!»

Es la pena que aguarda al majadero, 25
que en esa Babilonia a que tú aspiras,
se olvida de buscar a Dios primero,
ajustando a su ley todas sus miras.

«¿De qué sirve lucrar el mundo entero,
si el alma pierdes, si en pecado expiras?» 30

«¡Ay!, basta, el joven replicó al anciano,
entiendo la lección, no será en vano».

FERNÁNDEZ. -Fábulas ascéticas.

VIII. Máximas morales

Nada busques con ansia y con anhelo
sino el camino que conduce al cielo

La oración tierna purifica el alma
y al triste corazón vuelve la calma.

Pondrás en el Señor tu confianza, 5
que quien espera en él todo lo alcanza.

Ama a tus padres tierno y cariñoso,
respétalos, y vivirás dichoso.

Quien tiene caridad y un alma pura
de las faltas ajenas no murmura. 10

En el templo no estés un solo instante
sin una devoción edificante.

No ponderes las dotes que poseas,
ni envidies nunca las que en otros veas.

Es la reputación rico diamante 15
que se puede empañar en un instante.

Pues es tu madre tu mejor amiga,
graba en tu corazón cuanto te diga.

La bondad en el trato y la dulzura
valen más que el donaire y la hermosura. 20

No desprecies al mísero mendigo,
porque es tu hermano y de Jesús amigo.

La avaricia las almas endurece;
la prodigalidad nos empobrece.

Una sabia y prudente economía 25
proporciona una grata medianía.

Manda con atención y sin dureza,
y te verás servido con presteza.

Da limosnas, socorre al desvalido,
y consuela también al afligido. 30

Perdona generoso toda ofensa,
y espera del Señor la recompensa.

Parte tu pan con tu enemigo hambriento,
y dale de beber, si está sediento.

IX. Traducción del Salmo

Quam dilecta

El santo pastorcillo perseguido
va por desiertos áridos huyendo
al ingrato Saúl endurecido.

Parose, y el aliento recogiendo,
procura de advertir, si se oye acaso 5
de las contrarias armas el estruendo
cual cervatillo fatigado y laso,
que escapó del león, y en la congoja
del curso al fin sosiega el veloz paso.

Aunque no sin temor, que cualquier hoja, 10
que suena al respirar del manso viento,
presente su enemigo se le antoja.

Considerando el duro apartamiento
del templo el nuevo estorbo y el rodeo,
por donde Dios le lleva al real asiento; 15
su cítara, su espíritu y deseo,

en consonancia angélica acordados,
a cantar comenzó el divino Orfeo.

¡Oh cuán amables son y deseados
de aquellos escuadrones celestiales, 20
Señor, tus tabernáculos sagrados!

Yo considero tus palacios reales,
y desfallece mi alma, deseando
verse siquiera junto a sus umbrales.

No el espíritu solo contemplando 25
goza de tanto bien, que dentro el pecho
el corazón se está regocijando.

El simple pajarillo halla en el techo,
a donde elige albergue conocido,
donde habita contento y satisfecho. 30

Halla la viuda tórtola su nido
do amparar sus hijuelos, y del frío
y riguroso tiempo defendido;

Pero la habitación que yo confío
son sus altares, cuya santa brasa 35
arde ante ti, Rey mío y Señor mío.

Dichosos los que habitan en tu casa;
que éstos te alabarán continuamente,
venciendo el tiempo, que volando pasa
y dichoso el varón que firmemente 40
las esperanzas de su auxilio puso
en tus manos, Señor omnipotente.

Dios en su corazón obró y dispuso
perseverancia con que irá subiendo
en el valle de lágrimas confuso. 45

La bendición eterna concediendo
el gran Legislador, todos los buenos
de virtud en virtud irán creciendo:

Y en el santo Sión de gracias llenos
verán su Dios subido y exaltado 50
sobre todos los ídolos ajenos.

¡Oh Señor!, en tu alcázar estrellado
recibe ya los votos y oraciones
del siervo de su patria desterrado.

Resuenen mis humildes peticiones, 55
Dios mío, en tus oídos; tú me guías,
Señor de las seráficas legiones.

Protector del Jacob, por el Mesías,
y por su faz hermosa te lo ruego:
Vuelve los ojos a la pena mía. 60

Pues muy bien fundo yo, Señor, mi ruego,
que a tus puertas un día es más amado,
que otros mil de contento y de sosiego.

En casa de mi Dios ser desechado
quise más que habitar con pecadores 65
en el palacio real, rico, envidiado.

Y Dios en sus mercedes y favores
ama misericordia y verdad pura:
Y así jamás olvida a los menores.

Antes eterna paz les asegura, 70
y les da gracia y gloria en su presencia,
la cual por infinitos siglos dura.

Y a los que pasan la prolija ausencia,
no priva de los bienes temporales,
pues por la senda van de la inocencia. 75

Y pues en tus pasiones tú les vales,
vuelve los ojos píos a la mía,
¡Oh Señor de los campos celestiales!,
¡qué dichoso es aquel que en ti confía!

B. L. ARGENSOLA.

X. Epístola moral

Fabio, las esperanzas cortesanas
prisiones son do el ambicioso muere
y donde al más astuto nacen canas.

Y el que no las limare o las rompiere,
ni el nombre de varón ha merecido, 5
ni subir al honor que pretendiere.

El ánimo plebeyo y abatido
elija de sus intentos temeroso
primero estar suspenso que caído;
que corazón entero y generoso 10
al caso adverso inclinará la frente,
antes que la rodilla al poderoso.

Más triunfos, más coronas dio al prudente,
que supo retirarse, la fortuna,
que al que esperó obstinada y locamente. 15

Esta invasión terrible e importuna
de contrarios sucesos nos espera,
desde el primer sollozo de la cuna.

Dejémosla pasar, como a la fiera
corriente del gran Betis cuando airado 20
dilata hasta los montes su ribera.

Aquel entre los héroes es contado,
que el premio mereció, no quien le alcanza
por varias consecuencias del estado.

Peculio propio es ya de la privanza 25

cuanto de Austria fue, cuanto regía,
con su temida espada y fuerte lanza.

El oro, la maldad, la tiranía
del inicuo procede y pasa al bueno;
¿qué espera la virtud, o en qué confía? 30

Ven y reposa en el materno seno
de la antigua Romúlea, cuyo clima
te será más humano y más sereno;

A donde por lo menos, cuando oprima
nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno: 35
Blanda le sea, al derramarla encima:

Donde no dejarás la mesa ayuno,
cuando te falte en ella el pece raro,
o cuando su pavón nos niegue Juno;

busca, pues, el sosiego dulce y caro, 40
como en la oscura noche del Egeo
busca el piloto el eminente faro.

Que si acortas y ciñes tu deseo,
dirás: lo que desprecio he conseguido,
que la opinión vulgar es devaneo. 45

Más precia el ruiseñor su pobre nido
de pluma y leves pajas, más sus quejas
en el bosque repuesto y escondido,
que agradar lisonjero las orejas
de algún príncipe insigne, aprisionado, 50
en el metal de las doradas rejas.

¡Triste de aquel que vive destinado
a esa antigua colonia de los vicios,
augur de los semblantes del privado!

Cese el hambre y la sed de los oficios: 55
que acepta el don, y burla del intento
el ídolo a quien hace sacrificios.

Iguala con la vida el pensamiento,
y no te pasarás de hoy a mañana,
ni quizá de un momento a otro momento. 60

Casi no tienes ni una sombra vana
de nuestra antigua Itálica: ¿y esperas?
¡Oh error perpetuo de la suerte humana!

Las enseñas grecianas, las banderas
del senado y romana monarquía 65
murieron y pasaron sus carreras.

¿Qué es nuestra vida más que un breve día,
do apenas sale el sol cuando se pierde
en las tinieblas de la noche fría?

¿Qué es más que el heno, a la mañana verde, 70
seco a la tarde?, ¡oh ciego desvarío!,
¿será que de este sueño me recuerde?,

¿será que puedo ver que me desvío
de la vida viviendo, y que está unida
la cauta muerte al simple vivir mío? 75

Como los ríos en veloz corrida
se llevan a la mar, tal soy llevado
al último suspiro de mi vida.

De la pasada edad ¿qué me ha quedado?,
¿o qué tengo yo a dicha en la que espero 80
sin ninguna noticia de mi hado?

¡Oh si acabase, viendo como muero,
de aprender a morir, antes que llegue
aquel forzoso término postrero!

Antes que aquesta mies inútil siegue 85
de la severa muerte dura mano,
y a la común materia se la entregue
pasáronse las flores del verano,
el otoño pasó con sus racimos,
pasó el invierno con sus nieves cano. 90

Las hojas que en las altas selvas vimos
cayeron, y nosotros a porfía
en nuestro engaño inmóviles vivimos.

Temamos al Señor que nos envía
las espigas del año y la hartura, 95
y la temprana lluvia y la tardía.

No imitemos la tierra siempre dura
a las aguas del cielo y el arado,
ni a la vid cuyo fruto no madura.

¿Piensas acaso tú, que fue criado 100
el varón para el rayo de la guerra,
para surcar el piélagos salado,
para medir el orbe de la tierra
y el cerco donde el sol siempre camina?
¡Oh, quien así lo entiende cuánto yerra 105

esta nuestra porción alta y divina
a mayores acciones es llamada,
y en más nobles objetos se termina.

Así aquella, que sólo al hombre es dada,
sacra razón y pura me despierta, 110
de esplendor y de rayos coronada,

y en la fría región dura y desierta
de aqueste pecho enciende nueva llama,
y la luz vuelve a arder que estaba muerta.

Quiero, Fabio, seguir a quien me llama, 115
y callado pasar entre la gente;
que no afecto los nombres ni la fama.

El soberbio tirano del Oriente
que maciza las torres de cien codos

del cándido metal, puro y luciente, 120
apenas puede ya comprar los modos
del pecar; la virtud es más barata,
ella consigo misma ruega a todos.

¡Pobre de aquel que corre y se dilata,
por cuantos son los climas y los mares, 125
perseguido del oro y de la plata!

Un ángulo me basta entre mis lares,
un libro y un amigo, un sueño breve
que no perturben deudas ni pesares.

Esto tan solamente es cuanto debe 130
Naturaleza al parco y al discreto,
y algún manjar común honesto y leve.

No porque así te escribo hagas conceto
que pongo la virtud en ejercicio,
que aun esto fue difícil a Epiteto. 135

Basta al que empieza a aborrecer el vicio,
y el ánimo enseñar a ser modesto,
después le será el cielo más propicio.

Despreciar el deleite no es supuesto
de sólida virtud, que aun el vicioso 140
en sí propio le nota de molesto.

Mas no podrás negarme cuán forzoso
este camino sea al alto asiento,
morada de la paz y del reposo.

No sazona la fruta en un momento 145
aquella inteligencia que mensura
la duración de todo a su talento;

flor la vimos primero, hermosa y pura,
luego materia acerba y desabrida,
y perfecta después, dulce y madura. 150

Tal la humana prudencia es bien que mida,
y dispense y comparta las acciones,
que han de ser compañeras de la vida.

No quiera Dios que imite a estos varones,
que moran nuestras plazas macilentos, 155
de la virtud infames histriones:

Esos inmundos trágicos, atentos
al aplauso común, cuyas entrañas
son infaustos y oscuros monumentos.

¡Cuán callada que pasa en las montañas 160
el aura respirando mansamente!

¡Qué gárrula y sonante por las cañas!

¡Qué muda la virtud por el prudente!

¡Qué redundante y llena de ruido
por el vano ambicioso y aparente! 165

Quiero imitar al pueblo en el vestido,

en las costumbres sólo a los mejores,
sin presumir de roto y mal ceñido:

No resplandezca el oro y los colores
en nuestro traje, ni tampoco sea 170
igual al de los dóricos cantores.

Una mediana vida yo posea,
un estilo común y moderado,
que no lo note nadie que lo vea.

En el plebeyo barro mal tostado 175
hubo ya quien bebió tan ambicioso,
como en el vaso múrino preciado:

Y alguno tan ilustre y generoso
que usó, como si fuera plata neta,
de cristal trasparente y luminoso. 180

Sin la templanza ¿viste tú perfecta
alguna cosa?, ¡oh muerte!, ven callada
como sueles venir en la saeta;

no en la tonante máquina preñada
de fuego y de rumor, que no es mi puerta 185
de doblados metales fabricada.

Así, Fabio, me muestra descubierta
su esencia la verdad, y el albedrío
con ella se compone y se concierta.

No te burles de ver cuanto confío 190
ni al arte de decir vana y pomposa
el ardor atribuyas de este brío.

¿Es por ventura menos poderosa
que el vicio la virtud?, ¿es menos fuerte?
No la arguyas de flaca y temerosa. 195

La codicia en las manos de la suerte
se arroja al mar; la ira a las espadas,
y la ambición se ríe de la muerte:

¿Y no serán siquiera tan osadas
las opuestas acciones si las miro 200
de más ilustres genios ayudadas?

Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
de cuanto simple amé, rompí los lazos:
Ven y verás el alto fin que aspiro,
antes que el tiempo muera en nuestros brazos. 205

RIOJA.

XI. A mis libros

Fausto consuelo de mi triste vida,
donde contino a sus afanes hallo

blandos alivios que la calma tornan
Plácida al alma.

Rico tesoro, deliciosa vena, 5
do puros manan cual el almo rayo
que Febo lanza esclareciendo el orbe,
santos avisos:

Donde Minerva providente cela
sus maravillas, monumento ilustre 10
del genio excelso que feliz me anima,
libros amados.

Do de los siglos la fugaz imagen,
donde, Natura, tu opulenta suma
del seno humano el laberinto ciego 15
quieto medito.

Nunca dejéis de iluminarme, nunca
en mi cansada soledad de serme
útil empeño, pasatiempo dulce,
séquito grato. 20

Vuestro comercio el ánimo regala,
vuestra doctrina el corazón eleva,
Vuestra dulzura célica el oído
mágica aduerme:

Cual reverdece la sonante lluvia 25
al seco prado, y regocija alegre
la árida tierra, que su seno le abre
madre fecunda.

Por vos escucho en el aonio cisne
la voz ardiente y cólera de Ayace; 30
los trinos dulces que el amor te dicta,
cándido Teyo.

Por vos admiro de Platón divino
la clara lumbre, y si tu mente alada,
sublime Newton, al Olimpo vuela, 35
raudo te sigo.

En la tribuna el elocuente labio
del claro Tulio atónito celebros;
con Dido infausta dolorido lloro
sobre la hoguera: 40

Sigo la abeja que libando flores
ronda las valles del ameno Tíber:
Y oigo los ecos repetir tus ansias,
dulce Salicio.

Viéndome así del Universo mundo 45
noble habitante, en delicioso lazo
con las edades que en el hondo abismo
son de la nada.

Nunca preciados, do la suerte, oh libros,

lleve mi vida, cesaréis de serme, 50
ora me encumbre favorable, y ora
fiera me abata.

Bien me revuelva en tráfgos civiles,
bien de los campos a la paz me torne;
siempre maestros de mi vida, siempre 55
fieles amigos.

MELÉNDEZ VALDÉS.

XII. La voz de la soledad

¡Oh tumbas, oh ruinas!
¡Reliquias de existencia disipada!
¡Oh cuál entre las nieblas matutinas
contemplaros me agrada!

¡Qué placer tengo en veros, 5
arcos triunfales, páginas de piedra
en que corona el yelmo a los guerreros
un penacho de hiedra!

¡Oh templos derribados
por la mano del tiempo asoladora, 10
do aun pienso oír los cánticos sagrados
y el órgano que llora!

De una rota coluna
en el marmóreo zócalo apoyado,
siempre se me figura oír alguna 15
voz que habla a mi lado.

Su rústica dulzura
baña mi triste corazón en calma.
Mira, dice, ¡oh poeta!, nada dura,
sólo es eterna el alma. 20

Los hombres que poblaban
esta estéril campiña ¿dó se fueron?,
¿dónde están los proyectos que formaron
y las cosas que hicieron?

Todo pasó cual humo 25
lo que real y cierto parecía,
y sólo queda en el espacio sumo
lo que no se veía.

El oculto instrumento
con que el mortal espera, y ama, y siente, 30
de toda acción, de todo pensamiento
el invisible agente;

¡El alma!, flor preciosa
de los cielos cual ellos duradera;

¡El alma!, el alma, sí, la sola cosa 35
como Dios verdadera!

¡Oh insensatos mortales
de pecho audaz, de entendimiento ciego,
que así olvidáis las cosas eternas
por las que pasan luego! 40

De las vidas terrenas
resplandecientes cual fosfórea llama,
leves e innumerables como arenas,
¿qué queda? Polvo y fama.

¡Fama!, ¡polvo más vano 45
que el que cubre el tiempo estos despojos,
y que al menos palpar puede la mano
y pueden ver los ojos!

Esta voz del desierto,
este vago rumor que oye la mente, 50
¡oh tú que aspiras a saber lo cierto!,
medita atentamente.

Este rumor pausado
que resuena en las yermas soledades,
es el eco que en ellas han dejado 55
las pasadas edades.

Es la cifra que encierra
tu sola y gran verdad, filosofía,
clave de todo aquello que la tierra
de seguro sabía; 60

cuando esos que delante
de tu vida se extienden hoy desiertos,
do sólo escombros huella el caminante
y cenizas de muertos,

ciudades opulentas 65
eran, templos, palacios y jardines,
teatro de batallas sangrientas
y de ricos festines.

¡Oh cuál mi pecho llenan
de respeto y temor esas divinas 70
y austeras voces que en vosotras suenan,
oh sombras, oh ruinas!

EUGENIO DE OCHOA.

XIII. Plegaria al Ángel de la Guarda

Ángel hermoso que a mi lado velas,
astro divino que mis pasos guías,
custodio fiel

que tomas sobre ti las penas mías,
y a mi labio sediento ofreces tierno 5
copas de miel.

Tú que en mi cuna mientras yo sollaba
tendías sobre mí tus alas de oro,
cual pabellón;
tú que enjugabas en mi faz el lloro 10
y bañabas en célicas delicias
mi corazón;

por el amor con que mis faltas lloras,
por el celeste afán con que mi vida
guardas de mal; 15
la mentira, de Dios aborrecida,
haz que no marche mi alma con su aliento
criminal.

Sella mis labios con tu mano pura
para que en ellos nunca la mentira 20
pueda entrar;
sólo verdades a mi mente inspira,
y ata mi torpe lengua, si he por ella
de pecar.

Dios aborrece el labio mentiroso; 25
¡oh no permitas, no, que en su desprecio
caiga yo;
si del alma verdad es tal el precio,
por no mentir alcance yo la estima
de mi ángel, de los hombres y de Dios! 30

RUBIÓ.

XIV. A la verdad

Oda

¡Y estamos condenados
a vivir para siempre en noche oscura,
en pavorosas sombras sepultados?
¿A amarte, oh verdad pura,
descubrirte a lo lejos, 5

a gozar solamente tus reflejos?

¡Oh descende, circunda
mi frente con tu luz, al alma mía
penetra, baña, inunda,
mi corazón sacia; 10
tú eres mi sustento;

sin ti yo desfallezco, muero hambriento.

Ardiente a ti me encumbro,
por ti me agito inquieto de contino;
te busco, te vislumbro; 15
¿Por qué fatal destino,
cuando el labio te nombra,
te disipas mil veces como sombra?

A su rey la natura
le niega sus secretos recelosa, 20
la ley de su hermosura
le oculta misteriosa;
¿Qué terrible anatema
arrancó de mis sienes la diadema?

Yo con mi cetro hiero 25
los montes, y desciendo a lo profundo
del mar, vuelo ligero
hasta el celeste mundo;
pero ¡ay, esfuerzo vano!,
no rompe la verdad su último arcano. 30

A los pueblos convoco,
llamo a las tumbas, y la sombra helada
de los siglos evoco;
mas la verdad callada
a mis ojos se esconde, 35
y apenas desdeñosa me responde.

Tu ira, oh Dios, acrece,
tu rayo ardiente, abrasador fulmina,
sin piedad encrudece
tu venganza divina, 40
y déjame el consuelo
de mirar la verdad clara, sin velo.

¡Ah!, no prestas oído
a mis fervientes ruegos ¡ay cuitado
en mal hora nacido, 45
por penar engendrado!
¡Oh verdad, para verte
he de encumbrarme en alas de la muerte!!!

Entonces en mi carrera,
de región en región, de mundo en mundo, 50
desde lo más profundo
a la más alta esfera
veré en sublime vuelo
cuanto esconden la tierra, el aire, el cielo.

Inmensos horizontes 55
abarcarán mis ojos: mis miradas
penetrarán los montes;
veré sus abrasadas

entrañas; los océanos
me abrirán sus recónditos arcanos. 60

De la divina esencia
contemplaré extasiado la hermosura;
alumbrará la ciencia
su tenebrosa hondura;
mi corazón su abismo, 65
y al fin comprenderé qué soy yo mismo.

Entonces la mentira
no brillará con falsos resplandores,
y cuanto el mundo admira
veré con sus colores; 70
con verdaderos nombres
llamaré a los sucesos y a los hombres.

El alma desprendida
del lazo que la tiene aprisionada
vivirá dulce vida, 75
en paz y sosegada;
con plácido contento
se cernerá feliz en su elemento.

Luzca, oh verdad, tu día;
¡ay!, ¿cuándo sonará la ansiada hora? 80
En soledad sombría
el alma triste implora
tu nombre excelso y santo
con grito de dolor, con voz de llanto.

ANTONIO CAMPS Y FABRÉS.

XV. A la Paz

¡Oh!, ¿dónde estás?, en vano te he buscado
ansiosa y anhelante por do quiera,
en vano te he invocado
desde mi edad primera;
sólo te vi en mis sueños de ventura 5
de olivo inmarcesible coronada,
con faz radiante y pura
de aureola divina circundada.
Con tu blanco vestido
que nunca agita en su furor el noto, 10
con tu diáfano velo desprendido
que nunca fuera profanado y roto:
Mas en la triste prosa de la vida
no te he visto jamás, oh paz querida.
¿Presumes que he creído 15

hallarte en las ciudades populosas,
que al tiempo y a la guerra han resistido
y guardan tradiciones pavorosas?
No, que sus fuertes muros
y su bélico aspecto amenazante 20
recuerdan al instante
las relaciones de combates duros.

Yo te busqué en la aldea
cuyo aspecto pacífico recrea;
sus casitas cubiertas de pizarra 25
baña el sol con sus vivos resplandores,
por el bajo balcón trepa una parra
y al lado del portal crecen las flores;
no se ve baluarte
ni murallas guardadas con anhelo, 30
no se conoce de la guerra el arte
y se remite su custodia al cielo;
el toque de retreta
es allí el esquilón de algún ganado,
dulce consuelo de la esposa inquieta 35
que aguardaba el regreso de su amado,
y lenta la campana
invita el rezo a la piedad sencilla,
y en la selva cercana
se despide del sol una avecilla... 40
¡Mas ay!, doquier que latan corazones
se agitan las pasiones;
bajo el pajizo techo
puede habitar la pena o el despecho;
inocentes amores 45
también engendran celos y rencores,
y aun la misma ambición desenfrenada
te viene a interrumpir, oh paz sagrada...

En el bosque desierto más salvaje
tienes quizá tu templo, entre el follaje; 50
son tus sacerdotisas
las ninfas solitarias,
los cantos y plegarias,
los débiles suspiros de las brisas
y el canto de los dulces ruseñores; 55
tu incienso es el perfume de las flores,
tu lámpara la luna plateada
y tu dosel la bóveda azulada...

.....

En la imponente calma de la noche,
cuando tranquilo tu poder domina, 60
cuando la casta flor abre su broche

al contacto del aura vespertina,
y la sonora fuente
se tiende sobre el césped mansamente,
en la cúpula azul de tu palacio; 65
un vivo resplandor cruza el espacio;
suena después el trueno pavoroso,
viento de tempestad silba inclemente
y los árboles crujen fuertemente
a su empuje furioso, 70
y la lluvia descende, sus raudales
enturbian de la fuente los cristales.
Convertida en torrente
arrebata las plantas con sus flores,
y los suaves cantores 75
huyen medrosamente;
mira, pues, tu morada destruida
y mi bella ilusión desvanecida.

Lucha en los elementos,
lucha interior del corazón humano 80
víctima de encontrados sentimientos,
lucha por fin del hombre contra el hombre,
¡de hermano contra hermano!
Por todas partes miro siempre guerra,
y de paz en la tierra 85
no se conoce más que el dulce nombre.

Los que con alma pura y candorosa,
llena de amor profundo,
la queráis para el mundo
como atmósfera pura y luminosa, 90
será en vano que en pueblos, en ciudades
o en vastas soledades
la busquéis con anhelo:
¡Ay!, ¡no la encontraréis sino en el cielo!

XVI. La montaña de la ciencia

Era el otoño, iluminaba el cielo,
un sol radiante y puro,
que lento hacia el ocaso caminaba;
las hojas esparcidas por el suelo
el viento arrebatava; 5
yo vagaba con paso mal seguro
por una vasta y solitaria vega,
pensando en el encanto delicioso
que el Todopoderoso

dio a esta estación de efímera belleza 10
que nos lega al morir tanta riqueza.

Senteme sobre el musgo,
y los vagos rumores
que me enviaba la ciudad lejana,
y el ruido de una fuente allí cercana, 15
y el de la brisa entre marchitas flores,
como suave beleño,
dulce tranquilidad dieron al alma,
y en este estado de profunda calma,
mis sentidos también sorprendió el sueño. 20

 Mi espíritu perdido
lanzose a una región imaginaria,
y un monte vi de altura prodigiosa
en el éter inmenso descartada,
y en su cima una Diosa 25
de celestial diadema coronada.
El astro puro que ilumina el suelo
formó tal vez con sus suaves resplandores
encantador y peregrino velo
que guarnecen del iris los colores, 30
y esa luz deliciosa
cual diáfano cendal cubre a la Diosa.

 Muchos hombres subían
y llegar a la cúspide anhelaban,
encumbrados acaso se creían, 35
pero nuevos peñascos se elevaban,
algunos desmayaban,
volviendo a descender en un momento
retratado en su faz el desaliento.

 En tal contemplación embebecida 40
busqué la solución de aquel prodigio,
y entonces mi Ángel bueno,
custodio de mi vida,
quien me guarda del mal con su prestigio,
me dirigió su voz, pura, armoniosa, 45
con el acento del celeste coro.

 «Esa que ves altura portentosa,
»es, dijo, LA MONTAÑA DE LA CIENCIA;
»los que quieren trepar a su eminencia,
»éste con torpe, vacilante paso, 50
»aquél con rapidez salvando acaso
»obstáculos inmensos para el hombre,
»sus prosélitos son: la Diosa aquella
»es la VERDAD: te revelé su nombre,
»ya no te admire, pues, verla tan bella». 55

 Callose el Ángel bueno,

y absorto yo miraba
el cuadro que a mi vista se ofrecía;
a un joven vi de vanidad ajeno
que malezas y abrojos apartaba; 60
la APLICACIÓN sus fuerzas sostenía.

Una loca falange caminaba
y apenas a mitad de la subida,
creyéndose en la cumbre apetecida,
a los otros viajeros arengaba. 65
Mas este orgullo necio
excitaba en los más risa o desprecio.

A un lado de la cuesta
observé un bosquecillo delicioso:
En ninguna floresta 70
se percibe un olor más aromoso;
el rayo de la luna
derrama en él sus pálidos reflejos,
mas se duda a lo lejos
si le ilumina el sol de Mediodía; 75
tiene allí su mansión la ALEGORÍA.
Por las sendas del monte
una MUSA gentil, bella, cruzaba,
y a veces entonaba
en el arpa divina 80
su canción peregrina
que al viajero más débil animaba.

Volví la vista en mi ansiedad creciente
hacia la turba extraña
que más adelantara en su camino; 85
no lejos ya de la deidad potente
que impera en la MONTAÑA,
vi un joven de simpática figura,
altiva y penetrante su mirada;
en su frente tal vez brillaba el genio, 90
mas era su actitud desatentada...
Supe que el joven se llamaba INGENIO.
Muy rápido ascendía,
mas de la línea recta se alejaba,
y aunque a veces volvía, 95
sus fuerzas malgastaba
en vanas excursiones;
las Musas le colmaban de sus dones,
mas la VERDAD severa
le repelió con su mirada austera. 100

Contemplé con dolor cual caminaban
algunos desgraciados,
víctimas de tiránicas pasiones,

que a llegar a la cumbre renunciaban.

Yo les vi encadenados, 105
pugnando por salir de sus prisiones
mas de tantos llagados corazones,
de tanta dura y mísera existencia
fue lo que más a compasión movía
el grupo que seguía 110
en torpe esclavitud a la INDOLENCIA.

Cada mortal marchaba
en un dulce letargo adormecido,
y en río caudaloso despertaba
que con fatal corriente le arrastraba 115
a las pesadas aguas del olvido.

¡Ay!, exclamé, quién fuera tan dichoso
que pudiera trepar a la alta cumbre,
y ver de esta DEIDAD el rostro hermoso
do brilla eterna lumbre! 120

«Más dichoso será», dijo a mi lado
una hermosa mujer de faz divina,
«aquel a quien benéfica encamina
»la VIRTUD santa y pura
»a otra mansión de celestial ventura». 125

«¿Cómo, le repliqué, también habita
»noble VIRTUD al pie de esta montaña?»
«Yo, dijo la extranjera,
»yo, que soy la VIRTUD, vivo doquiera
»moro del leñador en la cabaña, 130
»del pastor en la mísera casita,
»ya cruzando el espacio
»voy al regio palacio,
»ya a la austera mansión del cenobita».

«Nunca en vano me llama 135
»mortal alguno que por mí suspire,
»ni mi auxilio reclama
»sin que acudir solícita me mire;
»quien busque mis favores
»no ha de trepar a la escarpada cima, 140
»ni ha menester honores;
»yo le coronaré de frescas flores
»doquiera que le halle,
»en el pueblo, en el monte o en el valle».

Callose la VIRTUD, me hallé despierta; 145
en la vega desierta
sólo se percibía
el suspirar del viento
y el crujir del ramaje;
mas juzgué todavía 150

oír su dulce y armonioso acento
y ver flotar su diáfano ropaje.
«Es verdad, repetía;
»¡dichoso aquel a quien tu mano pura
»conduce a la mansión de la ventura!» 155

XVII. A orillas del mar

1.^a

Sorda mugiendo tempestad lejana
de los mares el seno conmovía,
y en las olas enormes producía
un convulsivo y general hervor;
unas se levantaban hasta el cielo 5
y en las rocas furiosas se estrellaban,
otras veces la arena resbalaban
formando melancólico rumor.

Era la tarde: el sol del Occidente
parecía en el mar querer hundirse 10
y en el mundo quizá por despedirse
lanzaba triste, moribunda luz;
mientras cercada de apiñadas nubes
asomaba la luna cenicienta,
cual la faz de un enfermo macilenta 15
tal vez se esconde en tétrico capuz.

Y las aves acuáticas huían
a guarecerse en sus ocultos nidos,
arrojando fatídicos graznidos,
que anunciaban también la tempestad. 20
Hay un rumor indefinible y vago
que precede de cerca a la tormenta,
y del viento en la ráfaga violenta
se revela terrible majestad.

Es tal vez del Señor la voz potente 25
que lanza un anatema al hombre impío,
es que el Señor admite el desafío
que provoca sacrílego el mortal.
¡Hombre infeliz!, el rayo del Eterno
que ciudades nefandas pulveriza, 30
tu débil ser convertirá en ceniza
si olvida su clemencia paternal.

Una mujer regresa a su morada
con aire inquieto y paso presuroso,
y su blanco vestido vaporoso 35
va flotando a merced del huracán;

sus hermosos cabellos destrenzados
por sus mórbidos hombros han caído,
y flotantes también como el vestido
un aspecto fantástico le dan. 40

¡Pobre mujer!, al verse en despoblado
cara a cara con Dios y su conciencia,
recuerda que la edad de la inocencia
pasara ya cual mágica ilusión:
Se detiene de pronto en su camino, 45
y postrada de hinojos en la arena,
poco a poco su rostro se serena,
a la par que murmura su oración.

2.^a

Pasó la tempestad. Brilla la aurora
de vistoso matiz pintando el cielo, 50
y tras rosado y transparente velo
ostenta el sol su encantadora faz;
y a la par que adelanta en su carrera,
sonrientes paisajes ilumina.
En la playa, en el mar y en la colina, 55
sólo escenas de amor, ventura y paz.

Las gotas mil de la pasada lluvia,
reflejando del iris los colores,
se muestran en el césped y en las flores
brillando cual diamantes por doquier; 60
y las aves dejando el blando nido,
pulen al sol su pluma nacarada,
y elocuentes saludan la alborada
con sus cantos de amor y de placer.

Reina en las olas apacible calma, 65
y al nacer y morir en manso giro
parece que reprimen un suspiro
por no turbar la general quietud...
Una mujer contempla de la orilla
el mar azul, la bóveda esplendente 70
y eleva al cielo su tranquila frente
en ademán de inmensa gratitud.

El plácido murmullo de la brisa,
los preciosos perfumes de las flores,
y la voz de los tiernos ruiseñores 75
en sublime concierto encantador,
le parecen de Dios la voz clemente,
que sus preces humildes ha acogido,
y devuelve al mortal arrepentido
dulce perdón y paternal amor. 80

XVIII. La rosa de Jericó

1.^a

De manos del Artífice divino
salió una flor de singular belleza;
él derramó en su cáliz peregrino
fragante olor de célica pureza:
El mundo engalanar fue su destino 5
y por eso alcanzó tanta riqueza,
los cielos y la tierra la miraron
y en ella al Hacedor glorificaron.

La doró con su luz el alba pura,
la acarició la brisa vespertina, 10
y reflejó su cándida hermosura
el agua de la fuente cristalina,
a que nada faltase a su ventura
Dios proveyó con su bondad divina,
en sitio digno colocarla quiso 15
y le dio por jardín el Paraíso.

El hombre rey del mundo se llamaba,
mas ella fue su bien y sus delicias:
De su casto perfume disfrutaba
pagándole en tiernísimas caricias; 20
y un ángel amoroso los velaba
gozando de su afecto las primicias;
el ángel fue Ituriel, Adán el hombre,
Eva la hermosa flor tuvo por nombre.

.....
Ved ¡ay de mí!, la flor encantadora, 25
la misma del Edén, mas ya no es pura;
el triste ruiñón su suerte llora
en el silencio de la noche oscura:
También la encuentra la rosada aurora
al lado de la fuente que murmura, 30
pero la encuentra pálida, marchita,
en otra tierra estéril y maldita.

Que de la culpa el áspid ponzoñoso
vertió en su cáliz el fatal veneno...
¡Eva infeliz! Si incierto y vagaroso 35
Se evaporó el perfume de tu seno,
si desterrada del vergel dichoso
no ves su sol purísimo y sereno,
legarás a tus hijas, pobres flores,
sólo un germen de muerte y de dolores! 40

2.^a

¿Quién es esa beldad modesta y pura,
que al levantar su inmaculada frente
vierte en torno la paz y la ventura
y dulce suavidad presta al ambiente?
Es como el iris tras la nube oscura, 45
como aurora que asoma en el Oriente
e inundando de luz el horizonte
alegra con sus rayos llano y monte.

Esa es de Jericó la casta Rosa
que a la tierna Sión fue destinada, 50
y de Dios por la mano milagrosa
en humano jardín fuera plantada;
es de nardo su esencia deliciosa,
su corola perfecta y agraciada,
y, preservada del mortal veneno, 55
germen de bendición lleva en su seno.

Doncellas de Israel, dadle alabanza,
«salve, cantad, purísima azucena,
»tu renuevo feliz al cielo alcanza,
»tu perfume de amor el mundo llena; 60
»tú cambiaste en consuelo y esperanza
»del desterrado la creciente pena...»

Y que el cielo repita en su alegría:
«¡Salud y bendición! Esa es MARÍA».

¡Salud y bendición!, flor sacrosanta, 65
¡salud y bendición! Reina y Señora,
Cuya excelsa grandeza se levanta
cual cedro erguido que en el monte mora:
Cual árbol escogido que se planta
cabe la fuente de cristal sonora. 70
La gracia del Señor es tu rocío
y el aura que te mece es el estío.

Tu santo fruto regenera el suelo
y supera al panal en la dulzura,
cuando tú fuiste trasplantada al cielo 75
él se quedó por prenda de ventura,
al que le gusta con devoto anhelo
el porvenir eterno le asegura,
y pues del mundo la salud deseas,
¡Rosa de Jericó, bendita seas! 80

XIX. Consuelo celestial

Dime, Padre común, pues eres justo,

¿por qué ha de permitir tu providencia,
que, arrastrando prisiones la inocencia,
suba la fraude al tribunal augusto?

¿Quién da fuerzas al brazo, que robusto 5
hace a tus leyes firme resistencia?

¿Y que el celo que más las reverencia
gime a los pies del vencedor injusto?

Vemos que vibran victoriosas palmas
manos inicuas; la virtud gimiendo 10
del triunfo en el injusto regocijo.

Esto decía yo, cuando riendo
celestial ninfa apareció, y me dijo:
Ciego, ¿es la tierra el centro de las almas?

ARGENSOLA.

XX. La Ascensión del Señor

Mejor que Febo asoma rutilante
por el Oriente tras la rubia aurora,
al Olimpo Jesús sube, y colora
el aire y nubes de color cambiante.

El triunfador divino va delante, 5
el libre cautiverio sigue ahora,
las voces, arpas, cítara canora
acompañan la pompa rozagante.

Abrid las puertas, príncipes vocean,
del palacio eternal, que su Rey viene: 10
Y ¿quién es ese rey?, de dentro claman:

El vencedor de huestes que pelean,
quien de ese Olimpo de oro el cetro tiene,
entran, y en vivas todos se derraman.

DE LAS Lecciones Escogidas.

XXI. A San Juan Evangelista

¡El amado de Dios es mi embeleso!,
ese volcán de caridad divina,
que al pecho amable de Jesús reclina
la apacible cabeza en dulce beso.

¡Ay!, del Calvario al trágico suceso 5
prueba que su amistad fue amistad fina;
sin lesión sale de la hirviente tina
que antes ya mártir fue con más exceso.

Es la madre de Dios su rica herencia:
Apóstol, al Paráclito recibe: 10
Evangelista, es águila en su vuelo.

¡Lo que ha sido y será lo ve y presencia
en su visión!, su Apocalipsi escribe,
¡y no hay quien alce el misterioso velo!...

EL MARQUÉS DE CASAJARA.

XXII. A un crucifijo

Yo que al alma inmortal busqué alimento
en libros mil y mil con sed avara,
que el estudio del día no saciara
fatigando de noche el pensamiento;

¿Qué aprendí en tanto libro polvoriento, 5
do mi mente atrevida se engolfara,
do mi alegre pupila ¡ay!, se anublara?
¡Lo que aprendí se disipó en el viento!

¡Aprendí vanidad de vanidades!
Ahora empero me enseña el desengaño 10
que sólo en ti, Señor, sólo en ti lea.
En ti, libro sublime de verdades,
en ti, libro de amor do no hay engaño,
absorta sólo en ti mi alma se vea.

XXIII. La justicia de Dios

Siempre que el pueblo de Israel corría
de la horrenda impiedad por la pendiente,
el látigo del Dios omnipotente
su dura espalda y su cerviz hería:

En opresora esclavitud gemía, 5
o le acosaba ejército valiente,
hasta que forzoso y penitente
al buen camino, a la virtud volvía.

¡Imagen tuya fue, pueblo cristiano,
la nación de Israel! Dios es el mismo, 10
y aun hoy se siente su pesada mano.

Impunemente a Dios nunca se ultraja,
y antes que ruede al inmortal abismo,
sobre la infiel nación su rayo baja.

ID.

XXIV. Las estaciones

Vierte alegre la copa en que atesora
bienes la primavera, da colores
al campo y esperanza a los pastores
del premio de su fe la bella Flora.

Pasa ligero el sol a donde mora 5
El cancro abrasador, que en sus ardores
destruye campos y marchita flores,
y el orbe de su lustre descolora.

Sigue el húmedo otoño, cuya puerta
adornar Baco de sus dones quiere, 10
luego el invierno en su rigor se extrema.

¡Oh variedad común!, ¡mudanza cierta!,
¿quién habrá que en sus males no te espere?,
¿quién habrá que en sus bienes no te tema?

ARQUIJO.

XXV. La infancia

Duerme en la cuna el inocente niño,
cual la perla en la concha nacarada,
y dos seres concentran su mirada
en su frente purísima de armiño.

Descuidando por él su propio aliño 5
le contempla su madre entusiasmada,
y al crecer una joya tan preciada
crece con ella el paternal cariño.

Condúcenle por fin hasta la escuela,
acallando quizás el tierno lloro: 10
y en nosotros declinan su tutela
poniendo en nuestras manos su tesoro:
¡Inculto flor, cuya fragancia pura
bien dirigida volará a la altura!

Tercera serie

I. El niño, el perro y el gato

Fábula

Un poco
de queso
comía
con pan,
un niño 5
lejano
de todos
en paz.

Un perro
y un gato 10
corriendo
se van
a donde
les guía
su instinto 15
sagaz.

El perro,
del niño
al lado
se está, 20
paciente,
ni osa
siquiera
chistar.

El gato 25
de un punto
a otro
se va,
moliendo
incesante 30
con duro
miau, miau.

El niño,
cansado
de oírle 35
mayar,
le dice:

-Te priva
tu empeño
fatal 40
del queso
que siempre
solías
probar.

Por terco 45
son vanos

tus gritos
y afán:
Al perro
que calla, 50
premiado
verás.-
Y al punto
le tira
un poco 55
de pan.

La sabia
conducta
del justo
rapaz, 60
dio margen
al cierto
siguiente
refrán:

-Si un niño 65
nos cansa
pidiendo
tenaz,
aquello
que ansía 70
no obtiene
jamás.

BAEZA.

II. Paseo por el Betis

Ya del Betis
por la orilla
mi barquilla
libre va,
y las auras 5
dulcemente
en mi frente
soplan ya.
Boga, boga,
buen remero, 10
que el lucero
va a salir,
y a Occidente
ledo sube
en su nube 15

de zafir.

De la tarde,
que ya expira,
se retira
lento el sol, 20
y a medida
que se aleja
huella deja
de arrebol.

A ocultarse 25
va sereno
en el seno
de la mar;
y del cielo
cae en tanto 30
leve llanto
sin cesar.

Con su riego
mil olores
dan las flores 35
del pensil,
halagadas
por la brisa,
blanda risa
del abril. 40

Busca el nido
do se mece
y adormece
luego al fin,
en las ramas 45
del granado
el pintado
colorín.

Y allá lejos
de la orilla 50
ve a Sevilla
reposar
de cien torres
coronada,
perfumada 55
de azahar.

Sorprendente
panorama
do derrama
su fulgor, 60
de la noche
mensajero,

el lucero
brillador.

¡Oh!, no esperes 65
a que muera
la postrera
claridad,
boga, boga,
buen remero, 70
más ligero,
¡por piedad!

G. G. DE AVELLANEDA.

III. El premio o los dos niños

Fábula

De Paquito
coronado
en certamen
disputado
proclamaban 5
la ovación.

Tanto premio
merecía,
y de todos
obtenía 10
cariñosa
distinción.

Periquito
con despecho
y mostrando 15
de su pecho
la violenta
conmoción,

dice: En vano
te coronan, 20
y afanosos
te pregonan:
es más grande
mi opinión.

Entre todos, 25
cuando quiero,
sobresalgo;
soy primero

como en fuerzas
un león. 30

El premiado
le contesta:
No te enfade
mi respuesta,
porque es pura 35
mi intención.

Nada niega
tu talento
y que vales
como ciento 40
cuando fijas
la atención.

Mas recuerda
que olvidabas
el estudio, 45
sólo hablabas
día y noche
del peón.

Y en el día
de mi santo 50
yo estudiaba,
mientras tanto
que era todo
diversión.

No teniendo 55
gran memoria,
he debido
la victoria
al estudio
con pasión. 60

No te inspire
confianza
el talento,
pues no alcanza
sin cultivo 65
la ovación.

BAEZA.

IV. La mariposa y la efímera

Fábula

LA MARIPOSA Insectillo

singular,
¿quién te puso
donde estás?

LA EFÍMERA He corrido 5

la mitad
de mi vida
natural,
y he morado
siempre en paz 10
esta mata
de arrayán.

LA MARIPOSA Yo el cercano

manantial
acostumbro 15
visitar;
y te juro
que jamás
vi tu rostro
ni tu faz; 20
tú no estabas,
en verdad,
há tres horas
por acá.

LA EFÍMERA Bien lo puedes 25

afirmar:
Yo no tengo
tanta edad.

LA MARIPOSA ¿Cuánta vida

Dios os da, 30
por el orden
regular?

LA EFÍMERA Muchas horas,
seis quizá.

LA MARIPOSA ¡Espantosa 35
brevedad!

LA EFÍMERA ¿Hay especie
de animal

cuya vida
dure más? 40

LA MARIPOSA Infinitos

de los que hay
miles de horas
ven pasar.

LA EFÍMERA ¡Oh qué inmensa 45
cantidad!

¿Luego nunca
morirán?

LA MARIPOSA Todos tienen
que acabar; 50
ley es esta
general.

LA EFÍMERA Si su vida
cesará,
no la debo 55
codiciar;
larga o corta,
se hace igual
en el punto
de expirar. 60
HARTZENBUSCH.

V. La niña y la muñeca

A una bella

señorita
habla Tisbe
y acaricia;
pero calla 5
siempre esquiva
cual estatua
en su repisa.
Poco a poco
se aproxima, 10
y debajo
de la linda
y graciosa
papalina,
de los lazos 15
y las cintas,
de las blancas
muselinas,
de las bellas

zapatillas, 20
ve tan sólo
de una niña
la muñeca
más bonita.
«¡Oh!, me pasma 25
y maravilla,
¡qué perfecta!,
¡qué pulida!
Al mirarla
¿Quién diría 30
que esos ojos
que se animan,
son de vidrio
dos bolitas,
y ese talle 35
y gallardía
mal cartón
y percalina?»
La muñeca
le replica: 40
«Soy la imagen
de otras niñas
que de libros
no se cuidan,
que sus almas 45
no cultivan,
y que luego
muy erguidas
sólo sirven
en la vida 50
para moldes
de modista.

EL BARÓN DE ANDILLA.

VI. A María Santísima

Bendita seas,
Madre piadosa,
divina Rosa
de Jericó:
Tus glorias canten 5
en dulces modos
los seres todos
que Dios crió.

Bendito sea
tu nombre agosto, 10
del bueno y justo
fuerte broquel,
que le asegura
siempre victoria
y allá en la gloria 15
verde laurel.

Frondosa palma,
rosal bendito,
nardo exquisito
santo ciprés, 20
tus fieles hijos
a ti clamamos
y nos postramos
hoy a tus pies.

Gloria del cielo, 25
aurora bella,
luciente estrella,
fúlgido sol.
En ti su dicha
siempre ha cifrado 30
tu muy amado
pueblo español.

Oye sus preces,
madre amorosa,
mira bondosa 35
nuestra nación,
mira que somos
hijos leales:
De nuestros males
ten compasión. 40

Fanal divino
que en la atalaya
guía a la playa
consolador,
sé nuestro amparo, 45
luz y alegría,
refugio y guía
del pecador.

Lirio y espinas,
fuente sellada, 50
tu grey amada,
tu pueblo fiel
rinde a tus plantas
guirnalda hermosa
de azahar y rosa, 55

mirto y clavel.

Suave azucena
nunca marchita,
Virgen bendita,
madre de amor, 60
séante gratas
nuestras ofrendas;
no desatiendas
nuestro clamor.

Tu amor divino 65
nos purifique,
en él radique
nuestra virtud,
y de tal modo
la ejercitemos 70
que ver logremos
tu excelsa luz.

Bendita seas,
madre piadosa,
divina Rosa 75
de Jericó:
Tus glorias canten
en dulces modos
los seres todos
que Dios crió. 80
V. Y.

VII. Cántico de los niños

A la Natividad de N. S. Jesucristo

CORO

Del mar al cielo
se alza la nube.
Así a Dios sube
nuestra oración.
Como de perlas 5
suelos ramales,
danos raudales
de bendición.

Sobre la tierra
cayó tu enojo, 10
como en rastrojo
llama de pez;

y desde entonces
en fuego ardiendo,
está pidiendo 15
agua su sed.

Dime, Dios mío,
¿dónde te escondes?...
¿cuándo respondes
a mi oración? 20
Mira mi rostro
bañado en llanto;
de mi quebranto
ten compasión.

Más pura y limpia 25
que piel de armiño
la voz del niño
¡Oh!, Señor, es...
yo abro mis labios
para alabarte, 30
para besarte
busco tus pies.

En el Oriente
ve la fe mía
de un nuevo día 35
bello arrebol;
se hizo Dios hombre,
ya no hay tinieblas
porque las nieblas
disipa el sol. 40

Dios en el cielo
su pacto sella
con esa estrella
de ardiente luz;
y al suelo bajan 45
sus resplandores
anunciadores
de su virtud.

Montes y prados
secó el estío: 50
Pero el rocío
vida les da:
Así el Mesías
lluvia es del cielo,
de estéril suelo 55
pensil hará.

Gloria a Dios-hombre
del cielo el coro
da en liras de oro

y de marfil: 60
Gloria a Dios-hombre
la tierra envía
en armonía
pura, infantil.

Perlas los mares, 65
agua la fuente,
luz el oriente,
la rosa olor:
Himnos las aves,
gracias la risa, 70
besos la brisa
den al Señor.

CARBONERO Y SOL.

VIII. Canto de amor

Mil y mil y veces
bendita sea
la flor del valle
de Galilea.

Flor más fragante 5
que fresca rosa,
cual azucena
pura y hermosa,
a quien saludan
las otras flores 10
y cantan himnos
los ruiseñores.

De un artesano
modesta esposa,
del Verbo Eterno 15
madre gloriosa,
pobre y humilde
vivió en el suelo,
y hoy es la excelsa
reina del cielo. 20

Del mes de mayo
la pura brisa
es menos grata
que su sonrisa.

Del sol naciente 25
son los destellos
menos brillantes
que sus cabellos;

Y en quieta noche
luna argentada 30
no es tan hermosa
cual su mirada.

El arpa ebúrnea
del bardo errante
que suelta al viento 35
su voz vibrante,

no llena el aire
con su armonía
como este nombre:
Virgen María. 40

Nombre que cantan
los serafines
y a coro ensalzan
los querubines.

Esas estrellas, 45
que son mi encanto,
cual lentejuelas
bordan su manto,
y el arco iris,
que adorna el cielo, 50
quizá guarnece
su casto velo.

Hasta del llanto
de sus dolores
que el mundo riega 55
brotan las flores.

Porque su pecho
sufrió martirio;
viose abatida
cual mustio lirio; 60
mas Dios que al malo
hiere y quebranta
y el alma humilde
justo levanta,

puso a su diestra 65
la Virgen pura
que eterna goce
gloria y ventura.

Por eso cantan
los serafines 70
y el coro santo
de querubines:

Mil y mil veces
bendita sea
la flor del valle 75

de Galilea.

IX. El canto del cisne

Fábula

LA PALOMA

Dulcísimos ecos
llegaron a mí,
paloma nativa
de extraño país.
Decid, ruiseñores, 5
¿quién canta?, decid,
do igual melodía
jamás os oí.

LOS RUISEÑORES

Paloma que pasas
por este jardín, 10
el músico dulce
le tienes aquí.
De viejo anhelando
cesar de vivir
el cisne celebra 15
su próximo fin.

LA PALOMA

Venid, avecillas,
conmigo venid,
la muerte admiremos
del ave feliz. 20
Bien hayan las vidas
que acaban así,
bendito el que puede
cantando morir.

HARTZENBUSCH.

X. El glotón

Fábula

Un niño goloso
al par que imprudente,
de dulce una fuente
entera comió.

Recibe su gula 5
el justo escarmiento,
que el niño al momento
enfermo cayó.

El médico al punto
de tanta dolencia 10
la causa y esencia
llegó a penetrar,
y docto dispone
amarga bebida
y el plan que la vida 15
al niño ha de dar.

Y el pobre goloso
en vez de almíbar,
ajenjos y acíbar
llorando tomó. 20

Así por momentos
de gozo y dulzura,
constante amargura
cien días sufrió.

BAEZA.

XI. El perezoso y el madrugador

Fábula

Dos niños la tarde
de un día de fiesta
en una floresta
deciden pasar.

Allí pajaritos 5
coger se proponen,
y diestros disponen
la red de cazar.

Las dejan entrambos,
pensando al tenderlas 10
volver a cogerlas
del sol al nacer,
a fin que la caza
ninguno avanzado

descubra, y osado 15
la llegue a coger.

El uno despierta
apenas la aurora
el cielo colora,
y al campo corrió, 20
en donde registra
la red, anhelante,
y caza abundante
en ella cogió.

Contento a su casa 25
veloz corre, vuela,
y a tiempo a la escuela
consigue llegar.
El otro entre tanto
tranquilo dormía, 30
y claro ya el día
llegó a despertar.

Entonces del lecho
saltó presuroso,
y corre afanoso, 35
bañado en sudor,
en busca la presa
que vio más temprano
y muy de antemano
cogiera un pastor. 40

Sin caza, y tostando
el sol su cabeza,
con grande tristeza
a casa volvió.
La madre -¡A la escuela, 45
le dice, tunante!
Y vase al instante,
mas tarde llegó.

Allí su tardanza
recibe castigo; 50
en tanto el amigo,
por su madrugar,
a más de la caza
que en casa tenía
logró en aquel día 55
un premio alcanzar.

¡Qué suerte tan dura
al niño le aqueja
que el lecho no deja
del día al albor! 60
Y en cambio se encuentra

gozando contento
placeres sin cuento
el madrugador.

ID.

XII. Plegaria

María, cuyo nombre
como conjuro santo
ahuyenta con espanto
la saña de Luzbel,
escribeme en el pecho 5
tu nombre omnipotente
porque jamás intente
aposentarse en él.

María, Soberana
de cuanto el orbe encierra, 10
rocío de la tierra,
estrella de la mar;
tu nombre misterioso
será el fanal tranquilo
que alumbrará el asilo 15
de mi terreno hogar.

María, cuyo nombre
es fuente de pureza
que lava la torpeza
del frágil corazón; 20
tu nombre será el agua
que el mío purifique
de cuanto en él radique
maligna inclinación.

María, luz del cielo 25
cuya brillante esencia
es luz de toda ciencia
y del saber raudal;
tu nombre sea antorcha
cuyo fulgor ahuyente 30
de mi acotada mente
la lobreguez letal.

María, cuyo nombre
es música más suave
que el cántico del ave 35
y que del agua el son;
tu nombre sea fuente
do beban su armonía

mi tosca poesía,
mi pobre inspiración. 40

María, a cuyo nombre
la divinal justicia
al pecador propicia
se inclina a perdonar;
tu nombre sea, cuando 45
la eternidad se me abra,
la última palabra
que exhale al expirar.

ZORRILLA.

XIII. A la muerte de D. J. Antonio Conde

Docto anticuario, historiador y humanista

¡Te vas, mi dulce amigo,
la luz huyendo el día!
¡Te vas, y no conmigo!
¡Y de la tumba fría
en el estrecho límite 5
mudo tu cuerpo está!

Y a mí, que débil siento
el peso de los años,
y al cielo me lamento
de ingratitud y engaños, 10
para llorarte, ¡mísero!,
Largo vivir me da.

O fuéramos unidos
al seno delicioso,
que en sus bosques sombríos 15
guarda eterno reposo
a aquellas almas ínclitas
del mundo admiración;
o a mí solo llevara
la muerte presurosa, 20
y tu virtud gozara
modesta, ruborosa,
y tan ilustres méritos
ufana tu nación.

Al estudio ofreciste 25
los años fugitivos,
y joven conociste
cuánto le son nocivos

al generoso espíritu
el ocio y el placer. 30

Veloz en la carrera
al templo te adelantas
donde Temis severa
dicta sus leyes santas
y en ellas digno intérprete 35
llegaste a florecer.

Ciñéronte corona
de lauros inmortales
las nueve de Helicon,
sus diáfanos cristales 40
te dieron, y benévolas
su lira de marfil.

Con ella renovando
la voz de Anacreonte,
eco sonoro y blando 45
sonó de Pindo el monte,
y te cedió Teócrito
la caña pastoril.

Febo te dio la ciencia
de idiomas diferentes; 50
el ritmo y afluencia
que usaron elocuentes
Arabia, Roma y Ática
supiste declarar;

y el cántico festivo 55
que en bélica armonía
el pueblo fugitivo
al Numen dirigía,
cuando al feroz ejército
hundió en su centro el mar. 60

La historia alzando el velo
que lo pasado oculta,
entregó a tu desvelo
bronces que el arte abulta,
y códices y mármoles 65
amiga te mostró.

Y allí, de las que han sido
ciudades poderosas,
de cuantas dio al olvido
acciones generosas 70
la edad, que vuela rápida,
memorias te dictó.

Desde que el cielo airado
llevó a Jerez su saña,
y al suelo derribado 75

cayó el poder de España,
subiendo al trono gótico
la prole de Ismael:

Hasta que rotas fueron
las últimas cadenas, 80
y tremoladas vieron
de Alhambra en las almenas
los ya vencidos árabes
las cruces de Isabel;

a ti fue concedido 85
eternizar la gloria
de los que han distinguido
la paz o la victoria,
en dilatadas épocas
que el mundo vio pasar. 90

Y a ti, de dos naciones
ilustres enemigas
referir los blasones,
hazañas y fatigas,
y de cantor histórico 95
dignos ejemplos dar.

Europa, que anhelaba
de tu saber el fruto,
y ofrecerte esperaba
en aplausos tributo, 100
la nueva de tu pérdida
debe primero oír.

La Parca inexorable
te arrebató a la tumba,
en eco lamentable 105
la bóveda retumba,
y allá en su centro lóbrego
sonó un ronco gemir.

¡Ay!, perdona; ofendido
espíritu, perdona, 110
si en la región de olvido
ciñes áurea corona,
y tus virtudes sólidas
tienen ya galardón,
no de la envidia ingrata 115
el duro aceño acuerdes,
que nunca se dilata
la existencia que pierdes,
sin que la turben pérfidas
falsía y ambición. 120

L. F. DE MORATÍN.

XIV. El oso, la mona y el cerdo

Fábula

Un oso con que la vida
ganaba un piamontés,
la no muy bien aprendida
danza ensayaba en dos pies.

Queriendo hacer de persona 5
dijo a una mona: «¿Qué tal?»
Era perita la mona
y respondiolo: «Muy mal».
«Yo creo, replicó el oso,
que me haces poco favor, 10
¡pues qué!, ¿mi aire no es garboso?,
¿no hago el paso con primor?»

Estaba el cerdo presente,
y dijo: «¡Bravo, bien va!,
bailarín más excelente 15
ni se ha visto, ni verá».

Echó el oso al oír esto
sus cuentas allá entre sí,
y con ademán modesto
hubo de exclamar así: 20

«Cuando me desaprobaba
la mona, llegué a dudar:
Mas ya que el cerdo me alaba,
muy mal debo de bailar».

Guarde para su regalo 25
esta sentencia un autor:
Si el sabio no aprueba, ¡malo!,
si el necio aplaude, ¡peor!

IRIARTE.

XV. Resignación

EL HOMBRE.

Arroyo que en lecho de arena
recorres el bello jardín,
y riegas fragante azucena,
y riegas el blanco jazmín:
Tu linfa ligera salpica 5

las flores que hiciste brotar,
y alegra la vega más rica
tu grato y feliz murmurar.

Mas ¿sabes, fugaz arroyuelo,
dó llevas tu puro cristal? 10
El suave declive del suelo
conduce al desierto arenal.

Por ese florido camino,
que adornan el sauce y laurel,
te arrastra implacable el destino 15
al mar iracundo y cruel.

Acaso al mirarte entre breñas
presientas tu fin con dolor,
y apaguen las ásperas peñas
tu vago y doliente rumor, 20
detén la corriente liviana,
detén ese curso fatal,
es tiempo, y acaso mañana
lamentos en vano tu mal.

Hoy tienes perfumes de flores, 25
las aves te cantan aquí,
e insectos de vivos colores
ufanos se miran en ti.

Si arrostras incauto tu suerte,
no esperes mañana encontrar 30
amigos que endulcen tu muerte
o al menos la puedan contar.

EL ARROYO.

Si un día trazó mi sendero
Jehová con su dedo inmortal,
por bellos pensiles, primero, 35
después por desierto arenal;

si he visto la aurora en su alarde,
si he visto las flores reír,
la pálida luz de la tarde
verame tranquilo morir. 40

¿Qué sirven las vidas muy largas
si llegan el cielo a irritar?
Prefiero las ondas amargas,
prefiero los senos del mar.

Quien corre las sendas del mundo 45
siguiendo la ley del Señor,
aun dentro de abismo profundo
verá sus miradas de amor.

XVI. Amor fraternal

Bello grupo de hermosas estrellas,
lindo tallo de un mismo rosal,
son las niñas que nunca en querellas
ultrajaron su amor fraternal.

¡Oh, feliz la que siente el consuelo 5
que derrama el cariño de hermano!

¡Es tan dulce en el áspero suelo
estrechar en la nuestra una mano!

Contemplar el semblante inocente
del que duerme al arrullo materno 10
e imprimir en su angélica frente
nuestro beso de amor dulce y tierno;

escuchar este nombre de hermana
que tan grato resuena al oído,
que disipa la angustia tirana, 15
que mitiga el doliente gemido;

el decir sangre tuya es la mía,
nuestro ser al ser mismo debemos,
y una mano en el mundo nos guía
y el amor de una madre tenemos! 20

Respetad ese lazo sagrado
con que Dios al nacer nos unió:
¡Ay del niño que el nombre ha injuriado
del que padre a su padre llamó!

XVII. La meditación

Hay un sitio en la orilla del río
que no azota el Levante cruel;
salpicado de flores, sombrío,
donde crecen el sauce y laurel;
donde siempre la brisa resuena, 5
donde siempre descuella la flor,
donde el sol entre ramas appena
lanza un tibio y velado esplendor.

Corre el Betis, y besa la orilla,
murmurando, su puro cristal: 10
Asomado a Occidente el sol brilla,
solitario y lejano fanal.

De los cisnes escucho allí el canto
y el murmullo del negro ciprés;
la onda pura y dorada entre tanto 15

viene triste a estrellarse a mis pies.

Sueños vagos encantan el alma;
tristes voces se escuchan doquier;
desparece el dolor en la calma,
desparece en la calma el placer. 20

Ningún eco, el silencio turbando,
interrumpe mi vago pensar:
Sólo escucho las ondas silbando;
sólo escucho las brisas pasar.

Y las ondas que llegan rizadas 25
se deshacen, y vienen después
otras mil, que a su vez arrolladas
con espuma salpican mis pies.

Se suceden cual todo en el mundo,
cual sucede una flor a otra flor; 30
cual del alma en el valle profundo
el dolor sigue siempre al dolor;

cual el llanto a los llantos sucede;
como sigue el afán al afán:
cual la sangre abrasando precede 35
en el pecho un volcán a un volcán.

Así siempre corriendo y llegando,
todo pasa y se gasta, y se va;
así siempre sintiendo y pensando
la esperanza la vida nos da. 40

.....
.....

CASTRO.

XVIII. La campana y el esquilón

En cierta catedral una campana había
que sólo se tocaba algún solemne día
con el más recio son, con pausado compás,
cuatro golpes, o tres, solía dar no más.
Con esto a ser mayor de la ordinaria marca, 5
celebrada fue siempre en toda la comarca.

Tenía la ciudad en su jurisdicción
una aldea infeliz, de corta población,
siendo su parroquial una pobre iglesita
con chico campanario a modo de una ermita; 10
y un rajado esquilón pendiente en medio de él,
era allí quien hacía el principal papel.

A fin de que imitase a questo campanario
al de la catedral, dispuso el vecindario

que despacio, y muy poco, el dichoso esquilón 15
se hubiese de tocar sólo en tal cual función;
y pudo tanto aquello en la gente aldeana,
que el esquilón pasó por una gran campana.

Muy verosímil es, pues, que la gravedad
suple en muchos así por la capacidad. 20
Dígnanse rara vez de despegar sus labios
Y piensan que con esto imitan a los sabios.

IRIARTE.

XIX. Canto religioso

1.

¡Señor!, pasar veo mis días de luto
tal como escuadrones de armados guerreros,
que sueltan las bridas al rápido bruto,
clavando en mi pecho sus duros aceros.

¡Oh!, ¡cuando me llames al lecho de arcilla 5
o envuelvas mi rostro con frío sudario,
y en breves minutos derrumbes la silla
que ocupo en el cieno del mundo nefario;
será que allí cierre mi párpado seco
que vela comido de infausta carcoma, 10
cual ave nocturna que gime en el hueco
de torre gastada, pared que desploma!

Ni al viento que silba se escuche mi nombre,
ni al sol que ilumina mi sombra se vea,
ni a par de la mía la sombra del hombre 15
me hiele las venas, de espanto me sea.

Yo tiemblo a tus iras, cual grímpola leve
que azotan los vientos en golfo profundo:
Si truenas, me escondo; mi pie no se mueve,
cual si desquiciases los ejes del mundo. 20

Yo al rayo que lanzas distingo tu ceño
rasgando los lutos que esconden la esfera,
que entonces el hombre recuerda del sueño
y el bronce del pecho se ablanda cual cera.

Si escucho a los euros rugir tempestades, 25
conozco que agitas las orlas del manto,
y el soplo produces que arranca ciudades
y allana los montes, Dios fuerte, Dios santo.

¿Qué libra a estas cañas que suenan vacías
de jugo y de flores cantando en el suelo, 30
si al fuerte castigo señalas los días,
cansado de ingratos que escupen al cielo?

Si envías el hambre, los reyes más vanos
que pisan el oro, llorando sus yerros,
serán como furias que muerdan sus manos, 35
y el pan se disputan que comen los perros:

Y a nobles infantes que ensalza su cuna
colgados de un seno sin fuentes de vida,
famélicas madres darán por fortuna
las últimas gotas de sangre perdida. 40

Si envías la guerra, la aurora que hiciste
verá hervir el mundo con bélico alarde;
verá ser el mundo sarcófago triste,
la luz amarilla del sol de la tarde.

Y el ancho Danubio lamiendo las rocas 45
con lengua rojiza que anuncia escarmiento,
raudales de sangre dará en cinco bocas
que corren al fondo del mar turbulento.

Si viertes la copa de airados furios
do el rey de los astros sus vuelos encumbra, 50
será mancha enorme de opacos colores,
final esqueleto del sol que hoy alumbra.

Sin hombres la tierra, sus ámbitos solos
veré, si te olvida, con ciego idolismo;
si miras con ceño, vacilan los polos; 55
si el brazo levantas, ya todo es abismo.

2.

Cargado de penas pasé mi camino:
vi al malo en orgías do el júbilo estalla,
la sangre del justo bebiendo por vino,
cantando unos himnos beodos... Dios calla. 60

Volviendo mis ojos tras breve momento,
volcadas las mesas, vi al malo que muere
leproso y exangüe, pasando tormento
de vómitos, llagas y pestes... Dios hiera.
Vi al margen de un río ciudad deleitosa, 65
nefanda y gastada, que vicios respira.
Sus hijos desnudos, ceñidos de rosa,
danzaban con hijas desnudas... Dios mira.

Vi sobre sus torres la nube que ardiente
con flancos de llamas, con furia postrema 70
revienta y abrasa las casas y gente,
cual leves aristas del campo... Dios quema.

Vi en solio sublime purpúreo tirano,
que vastos dominios y estados anhela,
uncir a los hombres con yugo villano, 75
diciendo: «Sois siervos, sois bestias...» Dios vela.

Vi alzarse los siervos rompiendo sus grillos

y hundiendo aquel solio de púrpura y plata,
herir al tirano con fuertes cuchillos
y el cuerpo ser pasto de buitres... Dios mata. 80

Nacido en Ajaccio, león sin segundo,
vi al héroe del siglo correr todo clima;
que pone a sus plantas los reyes del mundo,
que llega, ve y vence... Dios es quien sublima.

Vi al héroe que busca por lecho una peña 85
que el mar con sus olas y espumas combate;
va solo en un barco sin gloria ni enseña,
corriendo al sepulcro... Dios es quien abate.

3.

Señor, si adormeces el ángel de muerte,
si cortas sus alas y embotas su espada, 90
¿será que por grande, por santo, por fuerte,
te rinda sus himnos la tierra cansada?

Da paz a los mares: tu aliento divino
les rice las ondas con gratas bonanzas;
da paz a la tierra por donde camino, 95
y el bálsamo dulce de tus esperanzas.

Da paz a las penas y afanes del hombre
que gime en los valles de tétrica hondura,
y en siglos eternos bendiga tu nombre
volando en las tiendas que están en tu altura: 100

Y mientras te vistes de luz esplendente,
y mientras te elevas en alas del Austro,
las súplicas oye benigno y clemente
de un cisne que canta tu gloria en el claustro.

AROLAS.

XX. El retrato de golilla

De frase extranjera el mal pegadizo
hoy a nuestro idioma gravemente aqueja,
pero habrá quien piense que no habla castizo
si por lo anticuado lo usado no deja.

Voy a entretenelle con una conseja: 5
Y por que lo traya contentamiento,
en su mismo estilo referilla intento,
mezclando dos hablas, la nueva y la vieja.

No sin hartos celos un pintor de hogaño
vía como agora gran loa y valía 10
alcanzan algunos retratos de antaño,
y el no remendallos a mengua tenía:

Por ende, queriendo retratar un día
a cierto rico-hombre, señor de gran cuenta,
juzgó que lo antiguo de la vestimenta 15
estima de rancio al cuadro daría.

Segundo Velázquez creyó ser con esto:
Y ansí que del rostro toda la semblanza
hubo trasladado, golilla le ha puesto,
y otros atavíos a la antigua usanza. 20
La tabla a su dueña lleva sin tardanza,
el cual espantado fincó des que vido
con añejas galas su cuerpo vestido,
magüer que le plugo la faz abastanza.

Empero una traza le vino a las mientes 25
con que al retratante dar su galardón:
Guardaba heredades de sus ascendientes,
antiguas monedas en un viejo arcón:
Del quinto Fernando muchas de ellas son
allende de algunas de Carlos primero, 30
de entrambos Filipos segundo y tercero,
y henchido de todas le endonó un bolsón.

Con estas monedas o, si quier, medallas,
el pintar le dice, si voy al mercado,
cuando me cumpliere mercar vituallas 35
tornaré a mi casa con un buen recado.
Pardiez, dijo el otro, ¿no me habéis pintado
en traje que un día fue muy señoril
y ahora lo viste sólo un alguacil?
Cual me retratasteis, tal os he pagado. 40

Llevaos la tabla y el mi corbatín,
pintadme al proviso, en vez de golilla,
cambiadme esta espada en el mi espadín
y en la mi casaca trocad la ropilla.
Ca non habrá nadie en toda la villa, 45
que al verme en tal guisa conozca mi gesto:
Vuestra paga entonces contaros he presto
en buena moneda corriente en Castilla.

Hora, pues, si a risa provoca la idea
que tuvo aquel sandio moderno pintor, 50
¿no hemos de reírnos siempre que chochea
con ancianas frases un novel autor?
Lo que es afectado juzga que es primor,
habla puro a costa de la claridad,
y no halla voz baja para nuestra edad, 55
si fue noble en tiempo del Cid Campeador.

IRIARTE.

XXI. La calle de la amargura

Con paso presuroso, la faz llena de llanto,
las manos sobre el triste y amante corazón,
al aire desprendido el anchuroso manto,
la Virgen madre cruza las calles de Sión.

Y aquella a quien adornan el sol y las estrellas 5
temblando, acongojada detiene el raudo pie,
y a una mujer que avanza tras sus divinas huellas,
le dice sollozando: «Más lejos le veré.

Pasemos esa plaza, rumor ninguno suena;
¡Señor, que al hijo mío consiga yo abrazar! 10
El ansia de encontrarle me vuelve, Magdalena,
las fuerzas que me quita lo inmenso del pesar».

Y entrambas atraviesan por la desierta calle,
la de Amargura siguen; más lúgubre clamor
escuchan, que asemeja al son con que en el valle 15
las mieses se querellan del viento asolador.

Ya crece, y ya remeda el lúgubre murmullo
al que alzan sacudidas las cañas del Jordán,
y luego al que los mares levantan con orgullo,
si ruge por sus antros el férvido huracán. 20

La Virgen madre llora, comprímese la frente,
«¿No escuchas, Magdalena?, exclama con terror:
¿No escuchas?, es el pueblo, el pueblo que impaciente
al Gólgota conduce al hijo de mi amor.

¿Entre el confuso polvo, allá lejos no alcanzas 25
reflejos que se ocultan y tornan a lucir?
Los hierros son, los hierros de las romanas lanzas
que al inocente cercan que llevan a morir.

Son ellos, Magdalena; ¿los ves como aparecen
al sol que centellea con viva claridad?, 30
¿no escuchas esas voces que se alzan y que crecen?...,
ya asoman, ya adelantan... Lleguemos por piedad».

Y por la calle extensa avanzan anhelantes
oyendo cual acrece la extraña confusión;
las puertas se franquean y asoman por instantes 35
los niños y mujeres temblando de emoción.

Y allá lejos, cercado por turba que le hostiga,
cargado con el leño do en breve expirará,
sangriento, moribundo de angustia y de fatiga,
al Dios-hombre conduce el pueblo de Judá. 40

Resuenan las trompetas, auméntase el gentío
como tras fuerte lluvia las ondas del Cedrón,
alzándose por cima del ronco vocerío
de la sentencia inicua el hórrido pregón.

La madre se adelanta, y al Dios de tierra y cielo 45
al divisar caído, arrójase hacia él,
abriéndose la turba ante su inmenso duelo,
como del mar las aguas al paso de Israel.

Y estrecha entre sus brazos al hijo agonizante,
sus lágrimas se mezclan, y viendo su dolor, 50
con las nevadas alas se cubren el semblante
los ángeles que cercan el trono del Señor.

Los guardias entre tanto con impaciencia torva
los cuentos de las lanzas golpean con afán,
y al fin, cual rudo brezo que el paso les estorba, 55
la triste madre apartan y hacia el Calvario van.

Y el pueblo y los sayones rugiendo como hiena
el paso doblar hacen al que expirando ven:
La Virgen se desmaya, la abraza Magdalena,
y lloran por el justo las hijas de Salén. 60

Por la pendiente ruda subamos, alma mía,
y al Gólgota lleguemos, la cruz espera allí.
Con la divina sangre regada está la vía,
la sangre que el Dios vivo vertiendo va por ti.

Sigamos, alma mía, la madre dolorosa 65
su duelo sofocando del hijo llegue en pos:
Sigamos, que ya llevar la escala misteriosa
que a Dios baja hasta el hombre y el hombre sube a Dios.

¿La ves en el espacio cual árbol que cimbrea?,
abrázala la Virgen, y al oscilar la cruz, 70
en fecundante riego la sangre que gotea
al mundo regenera, brotar hace la luz.

¿La ves en el Calvario sangrienta, infamatoria,
sublime en los sepulcros al cielo señalar?
Alzarla Constantino cual lábaro de gloria, 75
y santa con su nombre al mundo cobijar?

Sigamos... mas no puede el alma a quien oprime
de la enojosa culpa la carga pertinaz;
y ante el amor inmenso del Dios que nos redime,
humillo en la ceniza la consternada faz. 80

MARÍA MENDOZA DE VIVES.

XXII. El ángel y el niño

¡Niño feliz!, hermoso, le llamaron,
como un sol, las mujeres, al nacer,
mas su madre besándola en la frente
«Ángel de Dios» llamole, y ángel fue.

Que era tan bello aquel niño 5
con su cabellera de oro,
que el Señor para su coro
ya al nacer le destinó.
Por eso su frente hermosa
de candor místico santo, 10
y sus mejillas de rosa
de sacro rubor bañó.

Y encendió Dios con su aliento
de fuego un alma en su seno,
altar sacrosanto, lleno 15
de ardiente divino amor;
y dióle por compañero
y defensor en el suelo
el ángel que allá en el cielo
posa a los pies del Señor. 20

Y el ángel con él hablaba,
como un amigo a su amigo,
y en sus juegos se mezclaba
porque era niño como él:
Con él cantaba sus cánticos 25
postrado en el mismo lecho,
y él recostado en su pecho
soñaba sueños de miel.

Por eso en aquella hora
en que las aves, los árboles, 30
y las nubes que el sol dora,
hablan al hombre de Dios,
so el pabellón de los cielos,
en un prado, cada día,
en santa paz y alegría 35
hablaban así los dos:

EL ÁNGEL.

«¡Bello es vivir!, la tierra con sus flores,
Las nubes, sus cascadas y su mar,
sus mantos de verdor, sus ruiseñores,
es el jardín de Dios, del hombre altar». 40

EL NIÑO.

«¡Bella es la vida!, sí; mas ¿quién por ella
trocara el cielo templo del Señor,
altar do es una antorcha cada estrella,
su sacerdote Dios, su incienso Amor?»

EL ÁNGEL.

«¡Bella es la infancia!, el niño aquí en el suelo 45

es de amor, de inocencia un serafín,
para amar le hizo hermoso el Dios del cielo,
para orar le dio labios de carmín».

EL NIÑO.

«¡Bello es ser niño!, mas sus días de oro
diera y sus juegos, flores y reír, 50
para ensalzar a Dios en santo coro,
ángel postrado en alas de zafir».

EL ÁNGEL.

«¡Bello es, oh niño!, el sol de las mañanas,
matizando las hojas del clavel;
la tarde con sus voces de campanas 55
que saludan al Santo de Israel».

EL NIÑO.

«¡Bella es la aurora!, hermoso el despedirse
del mundo el sol, del sol el ruiseñor;
más bello es, ¡ay!, en himnos derretirse
de amor en el regazo del Señor». 60

EL ÁNGEL.

«¡Bello es vivir!, la tierra con sus flores,
sus nubes, sus cascadas y su mar,
sus mantos de verdor, sus ruiseñores,
es el jardín de Dios, del hombre altar.
«¡Bella es la vida!, sí, mas ¿quién por ella 65
trocara el cielo templo del Señor,
altar do es una antorcha cuya estrella,
su sacerdote Dios, su incienso Amor?»

Así dijeron: y el viejo
campanario de la villa 70
sobre la tarde amarilla
alzó tres veces su voz;
tres veces también el niño,
sobre las flores de hinojos,
tintos de gozo los ojos, 75
oró a la madre de Dios.

Y luego al volver la vista,
en vez del niño, a su lado,
en su propia luz velado
a un ángel del Señor vio: 80
Y otra vez fijó en los cielos
sus rasgados ojos bellos...
¿Qué vida, Señor, en ellos,
que mirándolos murió?

Que es fama que aquella noche 85
viose subir hacia el cielo
dos estrellas, tras un velo
de nivea esplendente luz;
y a la mañana siguiente
a una madre que lloraba, 90
mientras triste derramaba
flores al pie de la cruz.

¡Niño feliz!, hermoso, le llamaron,
como un sol, las mujeres, al nacer;
mas su madre, besándole en la frente, 95
«ángel de Dios», llamole, y ángel es.

RUBIÓ.

XXIII. El beso maternal

¿Qué valen las caricias,
los abrazos y los besos
si no son prodigados
por maternal afecto?
Es la amistad efímera, 5
el amor pasajero,
humo fugaz la gloria
y el porvenir incierto:
¡Ay!, sólo es positivo
el cariño materno. 10
¿Buscáis amistad firme,
afecto duradero,
y en el amor y gloria
un porvenir risueño?
Pues bien, lo hallaréis sólo 15
en el materno pecho.

¡Felices los que han sentido
su tierno rostro oprimido
por el labio maternal!
¡Dichosos los que han oído 20
y al canto se han adormido
de aquella voz celestial!

Tú no puedes comprender
la dicha de poseer
lo que tienes, niño, ahora; 25
lo que vale esa mujer
que ríe con tu placer
y que si tú lloras, llora.

Que vela siempre a tu lado

con solícito cuidado 30
y tu querer adivina;
su amor desinteresado,
tan dulce, tan sosegado,
como el aura matutina.

Niño, cuando la razón 35
alumbra tu corazón
y veas como es debido,
recuerda con qué ilusión,
con qué delirio y pasión
esa mujer te ha querido. 40

Besa el polvo que pisó
y la cuna que meció
con un afán tan prolijo;
respeta lo que tocó,
lo que te dijo y mandó; 45
¡mucho debe hacer un hijo!

Alza su lánguido brazo,
forma con el tuyo un lazo
y no le sueltes jamás;
dirige su tardo paso, 50
no andes en amarla escaso;
¡Nunca cual ella amarás!

¡Oh!, si Dios por su clemencia
mi madre me devolviera 55
y bendecirme pudiera,
hija llamarme una vez!
Por verme contra su pecho
estrechada con ternura,
¡Dios mío!, por tal ventura 60
¿qué no daría después?

Diera mi amor en la tierra,
belleza si la tuviera,
mi dicha, mi vida entera
por un beso maternal; 65
más que fuera el esqueleto
que de la huesa se alza
el que tierno me besara
con su boca sepulcral.

Yo sé bien que este cariño 70
no será frío, mudo, inerte;
que más allá de la muerte
llevan las madres su amor.
Un beso fuera de fuego
y de la gloria un destello, 75

ardiente, célico, bello,
cual la gracia del Señor.

JOSEFA MASSANÉS.

XXIV. La virtud y el vicio

Fábula

Con diabólico estruendo,
por su camino,
el vicio va corriendo
con desatino;
mientras despacio 5
la virtud va siguiendo
su eterno espacio.

Aquél lo grita: -«¿A dónde
corres tan viva?»

Y la virtud responde 10
también festiva:

-Repárese el majo
que yo voy cuesta arriba
y él cuesta abajo».

FERNÁNDEZ.-Fábulas ascéticas.

XXV. El leopardo y la ardilla

Fábula

Saltando y triscando alegre
sobre una frondosa encina,
estaba libre de sustos
una juguetona ardilla.

¡Mas ay!, por su mala estrella, 5
faltó una rama, y la mísera
vino a dar sobre un leopardo
que al pie de un tronco dormía.

¡Qué horror!, ¡qué espanto! Su Alteza

despierta azorado, y mira, 10
crispando la piel lustrosa,
con ojos que lanzan chispas.

Encógese la cuitada...
tiembla... dobla su rodilla...
Al cabo le habló la fiera 15

así templando sus iras:

«Te perdono la vida, bestia inerme,
con una condición, nada gravosa:
Que en frases de verdad has de exponerme
el por qué tan alegre y deliciosa 20
la vida pasas, sin que nunca merme
el júbilo que en ti siempre rebosa,
mientras yo, que soy rey, con mi grandeza
me pudro de fastidio y de tristeza».

«¡Ah!, señor (le responde), tan rendida 25
por ese don que me otorgáis me veo,
que os diré la verdad; pero... subida
en la copa del árbol, porque creo
ser regla de oratoria recibida,
que suba en alto el orador pigmeo. 30
¿Lo consentís, señor?» «Ve sin demora».
«¡A... ja... ja! Puesta en salvo, escucha ahora:

¿Es posible,
rey temible,
que no sepas a tu edad, 35
el sendero
verdadero
para haber felicidad?
La inocencia
ve la ciencia 40
que me otorga tanto bien;
porque gusto,
sin ser justo,
¿quién lo goza, dime, quién?
Sin congojas, 45
frutos, hojas
son mi pasto siempre igual;
nunca mato
ni maltrato,
ni a ninguno quiero mal. 50
Pura el alma,
duerme en calma
sin gusano roedor;
y en mis hijos
están fijos 55
los cuidados de mi amor:

aunque frágil,
lista y ágil
salto y brinco de placer
y consuelo 60
me da el cielo
cuando es fuerza padecer.
¿Y tú quieres
de placeres
disfrutar en la maldad? 65
¡No!, la sombra
que te asombra
es tu misma iniquidad.
pues tu pecho
nunca estrecho 70
para el odio y la ambición,
la matanza,
la venganza
son tu ley y tu razón».

Seguir pretende su discurso, cuando 75
lanzó la fiera con horrible saña
tan gran rugido, su furor mostrando,
que hizo al bosque temblar de la montaña.
«¿Qué os sucede, señor?» (dijo saltando
con irónica risa la alimaña). 80
Su alteza comprendió en aquel momento
que sin virtud la vida es un tormento.

ID.

XXVI. La noche

Horas de calma y sosiego,
horas de dulce reposo
en que late más dichoso,
más tranquilo el corazón;
yo por vosotras deliro, 5
yo vuestras sombras anhelo,
que son del triste el consuelo
y del feliz la ilusión.

Volved, ¡oh noches de estío!,
que tenéis tanta hermosura 10
con vuestra atmósfera pura
y vuestra brisa sutil;
brisa impregnada de aromas
que le presta cada planta,
que en el bosque se levanta 15

o se mece en el pensil.

En ese inmenso concierto
de cariñosos arrullos,
de indefinibles murmullos
y gritos que dan pavor, 20
vuestra solemne belleza
canta el búho funerario
en el alto campanario,
y en la selva el ruiseñor.

Esa bóveda celeste 25
con sus brillantes estrellas,
diminutas luces bellas
que otros tantos mundos son,
a nuestra vista se ofrece
cual rico manto azulado 30
de diamantes esmaltado
con lujosa profusión.

Tantos globos encendidos
que giran en el espacio
son fanales que el palacio 35
iluminan del Señor;
¡y este mundo con sus mares,
sus llanuras deliciosas,
sus ciudades populosas,
será quizás el menor! 40

¿Qué es, pues, el hombre, Dios mío,
átomo que arrolla el viento,
pobre flor que en un momento
deshoja la tempestad?
Es la débil criatura 45
que de su nada se olvida
y un semi-Dios se apellida
en su loca vanidad.

¿De un solo mortal qué importa
la adversa o próspera suerte, 50
si es su porvenir la muerte
que amenazándole está?
¿Quién se afanará mañana
por indagar su destino?
Entre el polvo del camino, 55
¿quién sus huellas buscará?

Mas estos astros fúlgidos sin cuento,
que en su inmutable marcha van girando
y esmaltan el hermoso firmamento,
sus luces perderán; 60
y las fuertes encinas seculares

y los montes que al cielo desafían
y los ríos, los lagos y los mares,
también fenecerán.

No quedará vestigio ni fragmento 65
de la grandiosa máquina del mundo,
que del caos saliera en un momento
y al caos tornará;
el Señor la dotó de tal riqueza
para mostrar su inmenso poderío, 70
e igual a su beldad y su grandeza
la destrucción será.

Cuando este pensamiento que germina
del mortal en la mente luminosa,
esta noble ambición que le domina 75
e infunde nuevo ser,
me dice que el espíritu increado
de su luz inmortal le dio un destello,
y que no nace el hombre condenado
por siempre a perecer. 80

¡El alma!... el alma que radiante y pura,
emanación sublime del Eterno,
nos llama sin cesar hacia la altura
con invencible ardor;
sobre montes de ruinas horribles 85
siempre impasible se alzaré serena
y al través de las nubes tenebrosas
se elevaré al Señor.

¡Oh!, benditas mil veces, noches bellas,
las que inspiráis cantares a mi lira, 90
y bendito el fulgor de las estrellas
que encanta el corazón;
prefiero vuestras sombras misteriosas
a los rayos del sol más esplendente,
y bebo en vuestras auras misteriosas 95
la santa inspiración.

XXVII. La misión del maestro

Un hombre vi de corazón valiente,
de virtud, de talento esclarecido...
Acaso puso Dios sobre su frente
el signo salvador del elegido.

El hombre virtuoso trabajaba 5
día y noche en la viña del Señor,
y a la infancia inocente consagraba

su sólida instrucción, su inmenso amor.

El ángel malo su mirada impura
fijaba siempre en él cuando sufría, 10
el mundo despreciaba su amargura
y el ángel tentador se sonreía.

En su rencor murmuraba
siempre del justo al oído:
«Hombre infeliz y sufrido, 15
¿por qué te afanas, por qué?
La sociedad egoísta
a consolarte no viene,
¿quién tu constancia sostiene?»
Y él contestaba: «La fe». 20

«A este tu pobre retiro
ni el aura de los jardines,
ni de suntuosos festines
el vago rumor alcanza.
El mundo tiene placeres 25
que conocer no deseas,
¿en estas tristes ideas,
quién te anima?» -«La esperanza».

«¡La esperanza!, vanamente
su nombre plácido invocas, 30
esas esperanzas locas
me causan risa en verdad.
Si la niñez que hoy educas
mañana ingrata te olvida,
¿qué será lo que a la vida 35
te ligue?» -«La caridad».

«En vano intentas, en vano
acibarar mi existencia,
mientras tenga la conciencia
de mi propia dignidad; 40
entre sus pliegues el viento
lleva tu palabra impura,
y en torno a mi sien murmura:
Fe, esperanza y caridad».

.....
.....

Transcurrieron después algunos meses, 45
el hombre generoso no existía,
y cercada de fúnebres cipreses
una tumba modesta se veía.

Cuando aquella morada solitaria
invadían las sombras misteriosas, 50
se oía murmurar una plegaria
por voces infantiles y armoniosas.

Y de flores fragantes alfombrada
la tumba estaba al despuntar el día,
y una lágrima dulce, inmaculada 55
tal vez entre las hojas relucía.

Era el tributo fiel de la inocencia,
impulsada de noble gratitud,
al insigne varón que su existencia
consagrara al deber y a la virtud. 60

Al mirarle de gloria coronado
los ángeles del cielo sonreían,
y al recibir al tentador burlado,
los hijos de Belial se estremecían.

XXVIII. Cuento infantil

Clara es una niña hermosa
que se educa en un colegio;
tiene los ojos azules,
blanca tez, blondos cabellos;
es simpática y graciosa 5
y no le falta talento,
mas como nadie en el mundo
exento está de defectos,
se deja llevar a veces
de su carácter violento. 10

Una tarde que se hallaban
en el salón de recreo,
riñó con su amiga Julia
por un motivo ligero;
vinieron después los lloros 15
y con ellos los denuestos,
y todas sus compañeras
a las voces acudieron,
e informadas de que Clara
motora fue del suceso, 20
de parte de su enemiga
se pusieron al momento.

De los ojos de la niña
llanto brotó de despecho;
pero cruzó por su mente 25
un pensamiento funesto,
y a meditar su venganza
retirose a su aposento.
No respira libremente
en recinto tan estrecho, 30

que la cólera y enojo
oprimen su pecho tierno,
bajó al huerto, allí sentose
so las ramas de un almendro
que crece en la verde orilla 35
de un cristalino arroyuelo.
La amenidad de aquel sitio,
la soledad y el silencio
van mitigando su pena,
y por fin se rinde al sueño. 40

Una idea su espíritu absorbía
y durmiendo también la dominaba,
y soñó que un anónimo escribía
en que a su amiga Julia delataba.

Con bien negros colores describía 45
el cuadro de sus faltas más ligeras,
y allí cien travesuras refería,
falsas algunas y otras verdaderas,
y a la noche siguiente bien despierta
pensaba, levantándose a deshora, 50
echarlo por debajo de la puerta
del cuarto de la amable Directora.

Y soñó que un mancebo más hermoso
que el sol cuando aparece en el Oriente,
se llegó a contemplarla cariñoso 55
con su rostro de luz resplandeciente.
Exhalaba un perfume cual las flores,
mejor que el del jazmín y el de la rosa,
y tenía unas alas de colores
cual las de una dorada mariposa. 60

Su precioso vestido deslumbraba,
bordado de esmeraldas y rubíes,
y su frente modesta coronaba
guirnalda de violetas y alelíes.

No se cansa la niña de admirarlo, 65
conoce que es un ángel bendecido,
y absorta más y más en contemplarlo
suelta el fatal papel ya concluido.

De la boca del ángel deliciosa,
cual suspiro suavísimo salió 70
una aura juguetona y bulliciosa
que el escrito de Clara se llevó.

Trató de recobrarlo, vanamente;
el viento hasta el arroyo le arrastraba
y el agua con su rápida corriente 75
un culpable placer le arrebatava...

.....
Despertó y hallose sola:
Reinaba en torno el silencio,
sólo el aura de la tarde
jugaba con sus cabellos: 80
Una inspiración sublime
la iluminó en el momento,
y cayendo de rodillas,
alzando la vista al cielo,
con estas sencillas frases 85
pidió perdón al Eterno:
«Jamás, jamás, ¡oh, Dios mío!,
»guardaré resentimiento,
»renuncio ya para siempre
»de mi venganza al proyecto 90
»y a todas mis enemigas
»perdón y amor les ofrezco».

Al levantarse en su rostro
sintió un roce puro y fresco,
impregnado de perfumes, 95
lleno de dulce embeleso...
Es el ángel de su guarda,
el mismo que ha visto en sueños,
que en su frente de alabastro
imprime un ósculo tierno. 100

XXIX. Las niñas

Oh flores, que un día
doquier brillaréis,
preciosos capullos
nacidos ayer,
que en medio del fango 5
del mundo crüel
su ornato más bello
vinisteis a ser.

Vosotras que todo
lo veis al través 10
del diáfano velo
de cándida fe;
¿queréis, adquiriendo
virtud y saber,
lograr contra el vicio 15
luciente broquel?,
¿honrosas coronas
queréis obtener?

Venid a la escuela,
venid y aprended. 20

Concurrid a las escuelas
de ilustradas profesoras
que dedican largas horas
a labrar vuestra ventura;
mirad que van sus desvelos 25
a vuestro bien dirigidos,
no cerréis, pues, los oídos
a la voz de su ternura.

Las prematuras arrugas
que en sus frentes han surcado 30
son, niñas, el resultado
de sus desvelos y afán.
Y ese afán, esos desvelos
y su amorosa porfía
para vosotras un día 35
bienes mil reportarán.

No extraño que sus lecciones
hoy escuchéis distraídas,
que no comprendéis, queridas,
lo que vale la instrucción; 40
mas mañana los aplausos
de los hombres virtuosos
serán los frutos dichosos
de esmerada educación.

Mañana, tiernas esposas, 45
madres felices y amadas,
de los buenos respetadas
en el mundo viviréis;
y entonces al contemplaros
ilustradas, virtuosas, 50
la que os hizo tan dichosas
por siempre bendeciréis.

Cuando mis tiernas alumnas
se encuentren en tal estado
ya tal vez me habrá llamado 55
a su presencia el Señor;
y alguna, reconocida,
en mi tumba solitaria
quizá eleve una plegaria
o deposite una flor. 60

Ante el trono del Eterno,
acaso yo venturosa,
de dulce paz gozaré...
Que sabe Dios que en la tierra
no recogí verdes palmas 65

y en el bien de vuestras almas
he trabajado con fe.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

